

María José Cervera

EL REINO
— DE —
SARAQUSTA



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas

Publicación nº 80-27 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: María José Cervera

Ilustraciones: L. Mínguez, C. Villarroya, Museo Arqueológico Nacional,
Museo Provincial de Huesca, J. Peña, M. I. Sepúlveda, J. L. Laborda,
J. A. Hernández Vera, J. L. Corral, J. M. Viladés e Institución «Fernando
el Católico»

I.S.B.N.: 84-88305-93-1

Depósito Legal: Z.-1643-99

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



CONQUISTA Y ORGANIZACIÓN	5
LA SOCIEDAD	13
LA HISTORIA POLÍTICA	17
La Marca Superior bajo los gobernadores	17
La Marca Superior en el emirato omeya	18
La Marca Superior en el califato omeya	30
La taifa tuyibí	36
La taifa hudí	41
El final: almorávides y cristianos	57
LA CIUDAD DE SARAQUSTA	69
MANIFESTACIONES CULTURALES Y ARTÍSTICAS	76
Bibliografía	93

CONQUISTA Y ORGANIZACIÓN



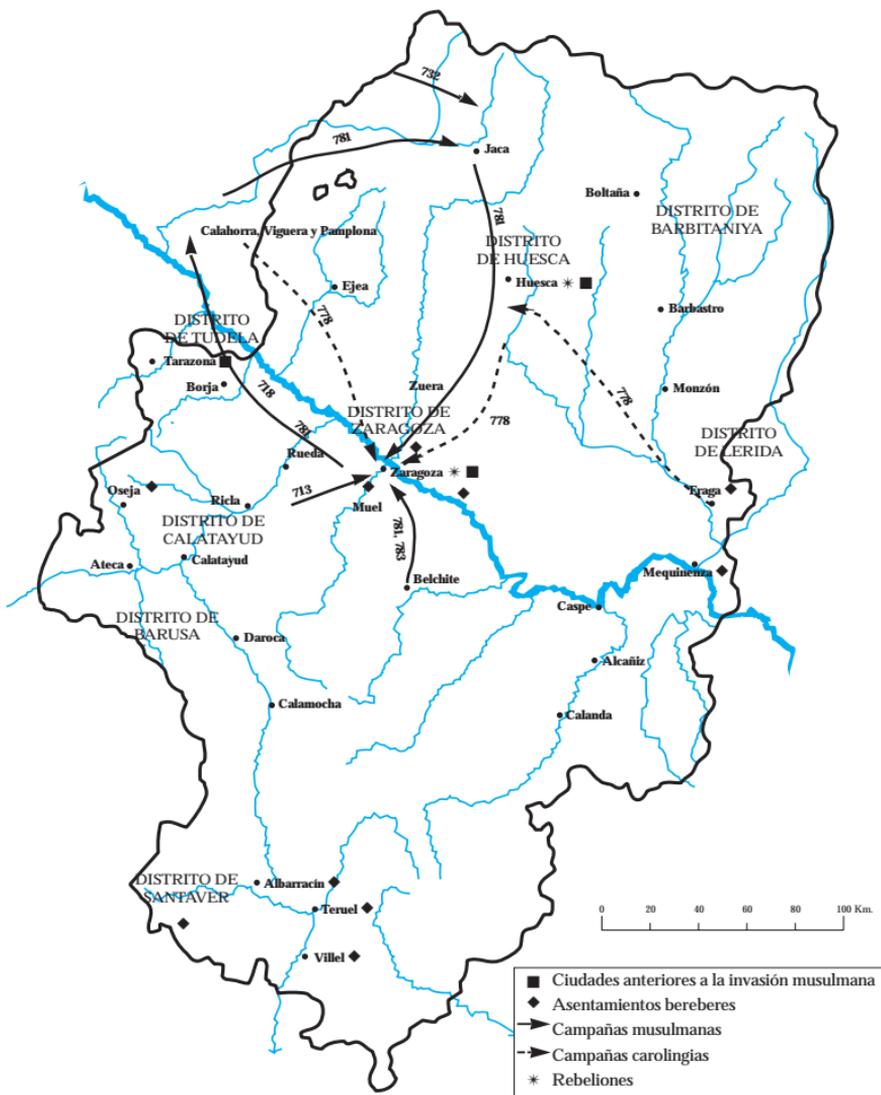
En el año 711, tras varias expediciones de reconocimiento, un ejército musulmán atravesó el Estrecho de Gibraltar al mando del bereber Tariq, lugarteniente de Musa ben Nusayr, el gobernador islámico del norte de África. Las tropas africanas se enfrentaron a un reino visigodo muy debilitado por los problemas internos: querellas por el poder entre grupos hispanogodos, fragilidad de la monarquía, situación social deteriorada, recesión económica, marginación y persecución de minorías importantes por su función socioeconómica, etc.

El rey visigodo Rodrigo fue fácilmente vencido por Tariq, quien conquistó la capital, Toledo, en el mismo año de su llegada a la Península Ibérica. Musa, el jefe de Tariq, en definitiva el responsable de la conquista, acudió en seguida a las nuevas tierras ganadas para el Islam: al año siguiente, el 712, ocupó Mérida y se dirigió a Toledo, donde se unió a su lugarteniente. Juntos avanzaron hacia el Valle del Ebro en el 713 y en la primavera del 714 tomaron Zaragoza y otras plazas de la zona. Comenzó así el periodo islámico de la historia del territorio que hoy es Aragón, un periodo que duraría cuatro siglos y durante el cual estas tierras no fueron una simple colonia de un poder extranjero.

ro, sino parte integrante de un imperio y una cultura en los que se integraron plenamente.

Cuando Musa se dirigió a Damasco para rendir cuentas de la conquista ante el califa omeya, dejó al frente de la nueva provincia islámica a su hijo Abdelaziz. Él fue el encargado de completar la conquista y de organizar las tierras recién incorporadas al imperio. En el año 715 lanzó la primera incursión militar contra Narbona y antes del 718 tomó Pamplona; en el 720 la ocupación real de toda la cuenca del Ebro debía de estar acabada, pues en ese año la actividad militar se desplazó al sur de Francia, lo que indica que la retaguardia estaba segura.

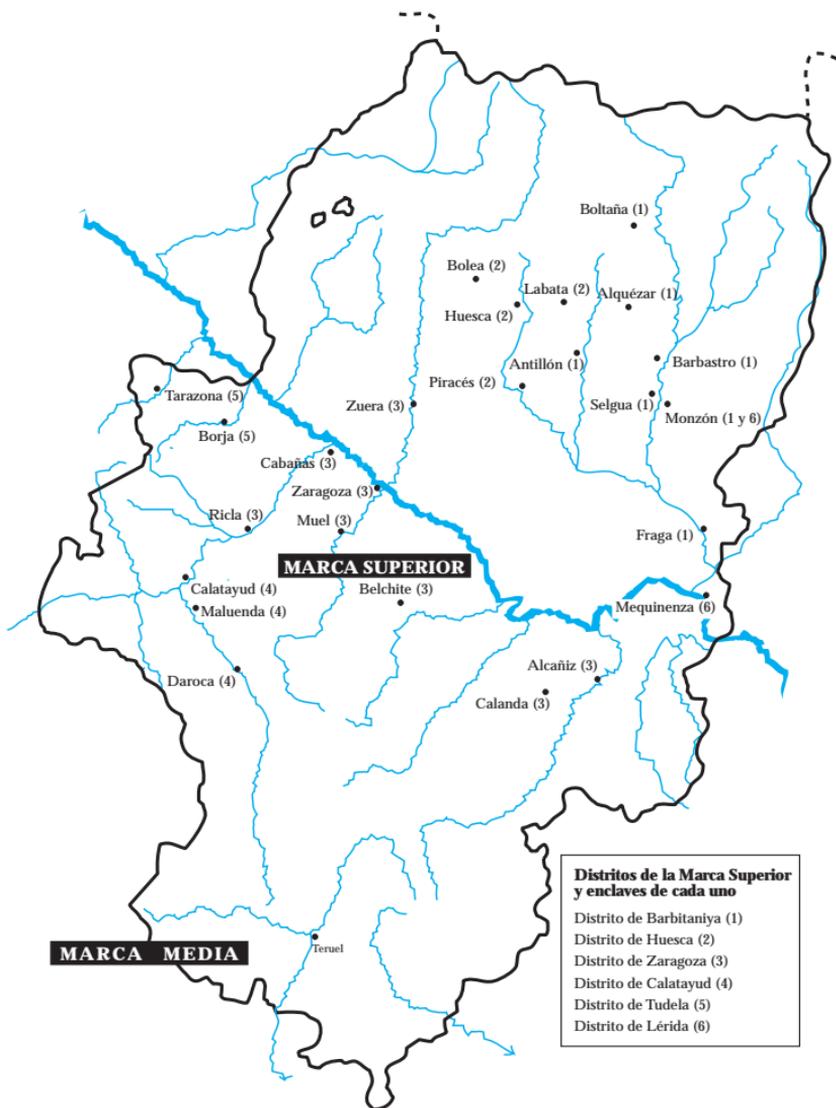
El área pirenaica, a diferencia de las zonas bajas, no estaba ocupada por población estable de la etnia conquistadora, pero sí quedó sometida por guarniciones instaladas en lugares estratégicos que aseguraban el control islámico sobre los valles y exigirían la entrega de tributos. Aunque la línea de separación entre la zona ocupada y la sometida era indefinida y fluctuaba con frecuencia, la evolución histórica de las dos partes resultó bien distinta: mientras la una se convertía al Islam y asimilaba la lengua árabe con notable rapidez, la otra tendía a separarse e independizarse, y allí surgieron los núcleos cristianos de resistencia al Islam: Jaca, Sobrarbe y Ribagorza. Estos pequeños enclaves, en avance territorial progresivo desde finales del siglo VIII hasta el XII, culminarían la expansión del futuro Reino de Aragón a costa del Islam del Ebro cuatro siglos más tarde.



La conquista musulmana (siglo VIII)

La conquista islámica fue rápida y fácil. Huesca opuso una leve resistencia, pero la mayor parte de las ciudades y plazas se rindió ante los musulmanes mediante pacto. En esos primeros momentos de la conquista, algunos jefes hispanogodos se convirtieron al Islam para mantener así su dominio territorial y su situación privilegiada. Fueron los fundadores de las dinastías de muladíes (convertos al Islam) que dirigieron los asuntos de estas tierras durante el período islámico y tomaron nombre del personaje cabeza del linaje, pues "banú", en árabe, es el plural de "ben" (hijo de): los Banú Qasí de Ejea y los Banú Amrús y Banú Shabrit de Huesca desempeñaron un papel fundamental en la implantación del Estado islámico y fueron el vínculo de unión entre la población indígena y los invasores árabes. La colaboración de individuos de influencia local en el asentamiento de las nuevas estructuras traídas por los conquistadores es un fenómeno que también se ha dado en otras invasiones.

La parte de la Península Ibérica bajo poder islámico recibió el nombre de Alandalús y quedó englobada geográfica, política y culturalmente en el Islam occidental, como un territorio dependiente de Ifriquiya (voz que entonces designaba al norte de África). El califa omeya de Damasco nombraba al gobernador de Ifriquiya, quien, a su vez, hacía lo propio con el de Alandalús. Sobre el territorio hispano se extendió la red administrativa, judicial y financiera del imperio islámico, respaldada por su organización militar.



Los distritos de la Marca Superior, según M. J. Viguera

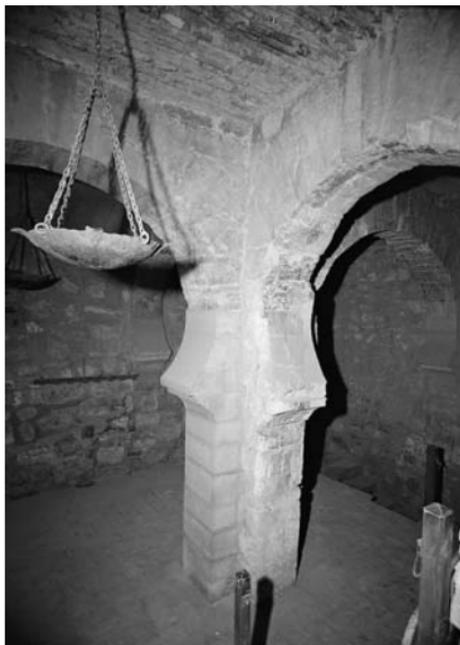
Al frenar los francos la expansión musulmana en la batalla de Poitiers (732), Alandalús quedó convertida para el resto de la Edad Media en la frontera noroccidental del Islam. De ahí que buena parte del territorio de Alandalús quedara estructurado en tres "marcas" o franjas fronterizas: la Inferior, con capital en Mérida; la Media, con capital en Toledo (y luego en Medinaceli), y la Superior, a la que pertenecieron la mayor parte de las tierras hoy aragonesas, junto con otras de Navarra y Cataluña, que tuvo su capital en Zaragoza. La Marca Superior estuvo, a su vez, dividida en distritos: *Barbitaniya* (zona de Barbastro y Boltaña), Lérida, Huesca, Tortosa, Tarragona, Zaragoza, Calatayud y Tudela.

La cultura islámica, esencialmente urbana, basa su organización administrativa en la ciudad. En el Valle del Ebro, el Islam propició un notable desarrollo urbano, consolidando las viejas ciudades existentes antes de su llegada y fundando otras nuevas. En la capital de este territorio, Zaragoza (a la que los árabes llamaron *Saraqusta*), residió el gobernador de la Marca Superior y luego el rey de la taifa.

Otras ciudades secundarias organizaban el territorio bajo el gobierno de jefes que dependían del de Zaragoza y que administraban sus respectivos distritos. Las fuentes árabes citan como tales a Huesca, Tudela, Calatayud, Tarazona, Daroca, Barbastro y Borja. Todas ellas reunían los elemen-

tos que en el Islam definen a una ciudad (*medina*): mezquita aljama (símbolo religioso), alcázar o zuda como sede de la autoridad (símbolo político-administrativo), zocos o mercados (símbolo económico), muralla (símbolo defensivo) y baños públicos (símbolo poblacional). Además, las fuentes mencionan otros enclaves urbanos menores y numerosos castillos, cuya existencia era fundamental para la Marca.

Su función militar confirió a este territorio fronterizo un peculiar desarrollo histórico, caracterizado sobre todo por una amplia autonomía, muchas veces reconocida por el poder central. Desde la Marca se controlaba el peligro exterior, y en esa labor de defensa territorial del Imperio resultaban más eficaces los señores locales que los funcionarios del gobierno central.



Interior de la Torre del Trovador, de la Aljafería

Esta función ofensivo–defensiva es la causa de que durante la mayor parte del tiempo la Marca gozara de independencia de hecho, pues sus gobernantes tenían en ocasiones que tomar la iniciativa para defender el núcleo del Estado. Además, la frontera era una zona de difícil fidelidad, dada la cercanía del enemigo y, por tanto, las posibilidades de alianza con él. Por eso, el gobierno central se vio en la necesidad de conceder amplios poderes a los señores locales, hasta el punto de surgir, en algún caso, auténticos protectorados. Cada vez que estos mandatarios vieron peligrar su autonomía, o quisieron aumentarla, se rebelaron contra Córdoba, obteniendo mayor o menor éxito según la fuerza de la autoridad central con la que se enfrentaran.

LA SOCIEDAD



Los grupos humanos que ocuparon la Marca Superior fueron mayoritariamente árabes, aunque se instalaron también algunos grupos bereberes, sobre todo en las tierras de la Marca Media cercanas a la Superior: Albarra-cín, Teruel, Medinaceli, Ateca o Molina de Aragón. La importancia sociopolítica de los bereberes en la Marca Superior fue, por tanto, mucho menor que la de los árabes. Unos y otros establecieron asentamientos tanto de grupos tribales (que conocemos por la toponimia) como de individuos (notables por su propia labor o por una descendencia destacada, sobre todo en el caso de los árabes). Tras la conquista, extendieron rápidamente por casi todo el territorio peninsular la estructura estatal islámica; el arraigo de la religión y la cultura vendría después.

La integración de la población indígena en la nueva cultura se efectuó mediante dos procesos: la arabización (adopción de la lengua árabe) y la islamización (conversión a la religión islámica). La población que los musulmanes hallaron en la Península Ibérica (cristianos y judíos) profesaba religiones basadas en un texto revelado, es decir, eran "gentes del Libro", a las que el Islam no se puede imponer por la fuerza. Por eso se les dejó optar entre la conversión o la sumisión. Los que eligieron la sumisión

obtuvieron el estatuto de "protegidos", que aseguraba sus personas, bienes, religión, autoridades directas y organización interna a cambio de someterse a la estructura estatal musulmana y de reconocer su dependencia, pagando al Estado islámico un impuesto por cabeza.

Aunque no fuese obligatoria, la conversión tenía ventajas sociales y tributarias, fundamentalmente la consecución inmediata de los plenos derechos de musulmán y la integración en el grupo dominante. Ésa debió de ser la razón de las primeras conversiones de los señores hispanogodos, aunque luego la situación cambiaría, pues la islamización fue rápida: a principios del siglo X, aproximadamente la



Corán mudéjar ballado en Sabinán, Zaragoza
(códice de la Universidad de Zaragoza)

mitad de la población hispanorromana–visigoda profesaba ya la religión islámica. Estos musulmanes de origen autóctono (muladíes, por tanto) fueron mayoría en la sociedad andalusí.

Al convertirse al Islam, los nuevos musulmanes se podían adscribir jurídicamente a un linaje árabe adoptando su apellido, razón por la que muchas familias muladíes tuvieron apellidos árabes. Tras la conversión entraban en un tipo de "clientela", al menos nominal, con el linaje "padrino", lo que explica ciertas lealtades y rivalidades que marcaron algunos episodios de la historia política de Alandalús. Los grupos muladíes que descendían de los señores hispanogodos convertidos en los primeros momentos se integraron sólo parcialmente, según parece, en la estructura social islámica: por su conversión formaron parte del nuevo grupo dominante, lo que les permitió mantener su poder local; pero la pervivencia de su antiguo sistema de poder "feudalizante" les llevó a enfrentarse, a veces, con el sistema estatal islámico y con el grupo tribal preponderante: los árabes asentados en su zona. Al comenzar el siglo X, el reforzamiento del poder central promovido por Abde-rrahmán III impuso con fuerza la estructura del Estado islámico en todo el territorio andalusí y estas familias muladíes del Valle del Ebro desaparecieron de la escena política.

Los cristianos que mantuvieron su religión, cada vez en menor número, llegaron a adoptar hasta tal punto la cultu-

ra islámica que en los documentos cristianos de los siglos XI y XII se les llamó mozárabes, esto es, "arabizados". Y es que su cultura y sus maneras estuvieron cada vez más influidas por los árabes, pese a que siguieran gobernados por sus propias autoridades civiles (condes), mantuvieran sus jerarquías eclesiásticas (obispos), conservaran también sus iglesias y monasterios o continuaran habitando concentrados en barrios propios (mozarabías).

Caso similar fue el de los judíos, menos numerosos que los cristianos y habitantes sobre todo en las ciudades. También ellos tuvieron cierta autonomía interna y asimilaron la cultura dominante, llegando algunos a destacar notablemente en la actividad política e intelectual del reino taifal de Zaragoza.

LA HISTORIA POLÍTICA



LA MARCA SUPERIOR BAJO LOS GOBERNADORES

El hecho de que la Marca Superior recibiera un aporte étnico mayoritariamente árabe condicionó su desarrollo histórico. Así, se vio libre de la revuelta bereber del año 740, que afectó al norte de África y que luego se extendió a la Península Ibérica. A cambio, fue escenario de los enfrentamientos entre los llamados árabes del norte (mudaríes o qaysíes) y los del sur (yemeníes o kalbíes), lucha que comenzó en el año 742, con la llegada desde Siria de nuevos contingentes árabes para acabar con la sublevación bereber.

Durante el periodo llamado "de los gobernadores", o del Emirato Dependiente, hasta mediados del siglo VIII, Alandalús asistió a la alternancia en el poder de gobernadores de una y otra facción. En la Marca Superior tuvieron el predominio político los árabes del partido pro-yemení, por lo que la región mostró una fuerte hostilidad hacia los gobernadores qaysíes cuando éstos ejercían el poder.

La historia política de la Marca Superior durante el siglo VIII se caracteriza, primero, por la actividad militar al otro lado de los Pirineos y, luego, por los constantes enfrenta-

mientos entre los diversos grupos étnicos por conseguir el poder.

En esta situación, cuando en el año 755 desembarcó en Almuñécar Abderrahmán I (único superviviente de la dinastía Omeya que había regido el Califato desde Damasco) con la intención de hacerse con el control de Alandalús, los árabes del Ebro apoyaron al recién llegado contra el gobernador qaysí que en ese momento regía la Marca Superior. Pronto, no obstante, se sublevaron también contra el poder del Omeya.

LA MARCA SUPERIOR EN EL EMIRATO OMEYA

En el año 756, Abderrahmán I fue proclamado emir (príncipe) en Córdoba y dio comienzo la etapa que se conoce como Emirato Independiente, marcada en sus inicios por la ruptura con el Califato Abbasí de Bagdad. La legitimidad en el poder le venía a Abderrahmán por ser miembro de la familia Omeya, derribada del Califato y sustituida por los Abbasíes en el año 750. Abderrahmán I se convirtió, pues, en regente de un territorio políticamente independiente de Oriente y concentró sus esfuerzos en asegurar su autoridad en él, para lo cual tuvo que enfrentarse a los graves problemas de disgregación que amenazaban su unidad interna.

La historia política del Emirato Independiente en el Valle del Ebro es una continua pugna de los poderes locales

(árabes primero, luego muladíes y después otra vez árabes) contra el poder central. Esta situación se complicó con el frente que, en el norte, oponían los núcleos cristianos autónomos alentados por los carolingios.

La ofensiva de los francos era cada día más poderosa: en el 757 tomaron Narbona, poco después Gerona, Urgel y la Cerdaña, y a continuación prepararon la toma de Barcelona, que se produjo en el año 801. Además, apoyaron desde un principio la insumisión de los núcleos pirenaicos, que oscilaban, igual que los señores musulmanes de la Marca Superior, entre la independencia y la inclinación hacia alguna de las dos fuerzas aglutinantes del momento: la omeya cordobesa y la carolingia franca.

En esta situación de duda entre la fidelidad al poder central y la independencia, unos y otros solicitaron ocasionalmente la ayuda del grupo religioso contrario. Resulta ilustrativa la sublevación del árabe del sur Sulaymán Alarabí en Huesca (que luego extendería a Zaragoza) entre los años 774 y 780. En el curso de esta revuelta, Sulaymán buscó el apoyo franco con la promesa de entregar Zaragoza, lo que provocó la campaña de Carlomagno del año 778. Sin embargo, Husayn Alansarí, otro árabe del sur que gobernaba la ciudad, se negó a entregarla al ejército carolingio, por lo que Carlomagno le puso sitio. Poco después, el rey franco tuvo noticia de una sublevación en su propio reino y hubo de levantar el asedio de Zaragoza para acudir

a sofocarla. En la retirada, parte de su ejército fue atacada, primero, por musulmanes en el sur de Navarra y, luego, por montañeses del Pirineo, lo que dio origen al episodio de Roldán en Roncesvalles cantado en el célebre poema épico, aunque algunos historiadores lo sitúan en Siresa.



Lienzo de la muralla islámica de Huesca (s. IX)

Husayn Alansarí protagonizó otra insurrección en Zaragoza en el año 781, lo que provocó dos campañas emirales contra la Marca en ese año y en el 783, dirigidas por el propio Abderrahmán.

El Emirato Independiente fundado por Abderrahmán I tardaría un siglo en asentarse, desde mediados del siglo VIII hasta mediados del IX, periodo durante el que gobernaron Abderrahmán I (756–788), Hisham I (788–796), Alha-

En el llamado *Cantar de Roldán* (la *Chanson de Roland*), datado en su redacción definitiva a finales del siglo XI, se narra el asedio que Carlomagno puso a Zaragoza y la posterior retirada de sus ejércitos por Roncesvalles, donde murió Roldán. El comienzo de la acción se desarrolla en Zaragoza y dice así:

«Siete años enteros ha morado en España Carlos, el rey, nuestro gran emperador. La alta tierra ha conquistado hasta el borde del mar. Ni hubo castillo que ante él resistiese, ni ciudad ni muro que él no derrumbase. Menos Zaragoza, que se alza sobre una colina, sometida al rey Marsil, que no adora al Señor: es Maboma a quien sirve y es Apolo a quien reza. No podrá huir del desastre que le amaga.

En Zaragoza está el rey Marsil. Fue a posar a la sombra de un vergel, sobre una grada de mármoles azules. Más de veinte mil hombres le rodean. Así está hablando a sus condes y a sus duques:

—Mirad, caballeros, qué azote nos hiere. Carlos, el emperador de la dulce Francia, ha invadido este país, buscando nuestra ruina. Ni tengo ejército que pueda provocarle a una batalla, ni es mi gente tal que pueda quebrantar la suya. ¡Aconsejadme vosotros, mis cuerdos barones, y evitadme la muerte y la afrenta!

No hay pagano que responda. Menos Blancandrín, del castillo de Maluenda [...].»

(*El Cantar de Roldán*, versión de Benjamín Jarnés, Alianza Ed., Madrid, 1979)

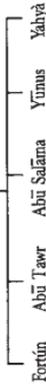
kam I (796–822) y Abderrahmán II (822–852). En ese tiempo, la zona que más hostilidad mostró a la dinastía Omeya fue la Marca Superior, en las personas de varios rebeldes árabes yemeníes. Para contrarrestarlos, los emires omeyas usaron a sus clientes muladíes, los Banú Qasí en el oeste y los Banú Amrús y Banú Shabrit en el este.

Al morir Abderrahmán I, se produjo una lucha por el poder entre árabes del norte y árabes del sur; Hisham I se apoyó en los Banú Qasí contra la oposición yemení zaragozana, que no obstante se mantuvo: Matruh ben Sulaymán se sublevó en Barcelona y extendió su rebeldía a Huesca y Zaragoza hacia el 790, hasta que los muladíes Amrús y Shabrit sofocaron la revuelta y mataron a Matruh, su antiguo aliado.

Pese a la represión organizada por Alhakam I, sucesor de Hisham I, las rebeldías continuaron: Bahlul ben Marzuq se levantó contra los señores de Huesca y Barbitaniya, y se dirigía a Zaragoza cuando el muladí Amrús, quien ya había mostrado su eficacia al acabar con una revuelta en Toledo, le hizo frente en el año 800 y ocupó Zaragoza y Tudela, extendiendo su autoridad por la zona oriental, aunque no pudo apoderarse de la Barbitaniya.

El poder logrado por Amrús provocó la reacción de los Banú Qasí, quienes habían defendido inicialmente la causa del emir pero que, en cuanto se hicieron fuertes, pretendieron la autonomía local y el poder familiar. A tal fin se

QASĪ



MŪSĀ
(m. 788/9)

MUTARRIF
(m. 799)

FORTŪN
(m. 802)

(Jimeno) ∅ Omeca ∅ MŪSĀ

Zahir

Fortún (m. 843) — Íñigo Arista (m. 851)

∅ García Íñiguez de Pamplona — Assona ∅ MŪSĀ Mutarrif (m. 862)

Yūnus — Yuwārtas (Fuertes) — Íñigo — Lubb — García

Oria — LUBB (m. 875)

MUTARRIF (m. 873)

FORTŪN

ISMAʿĪL (m. 889)

MUHAMMAD ʿIsā Mutarrif (m. 888)

MŪSĀ — MUHAMMAD

Lubb — Yūsuf — ʿAbd Allāh — Ismāʿil

Mūsā — Muḥammad — Lubb

Mūsā — Saʿīd — Muḥammad — Lubb

Lubb — Mūsā (m. 907)

MUTARRIF (m. 916)

ʿABD ALLĀH (m. 915)

MŪSĀ — MUHAMMAD (m. 923/4)

∅ — Frua II, rey de León

Abd Allāh — MUHAMMAD — Fortún

ʿAbd Allāh — Fortún — Urraca

Lubb

Ordoño

Ramiro

GENEALOGÍA DE LOS BANŪ QASĪ
(según M. J. Viguera Molins)

aliaron con los Íñigo de Pamplona, cristianos vascones con quienes mantenían lazos familiares, al objeto de resistir frente a las dos potencias del momento: la carolingia y la omeya.

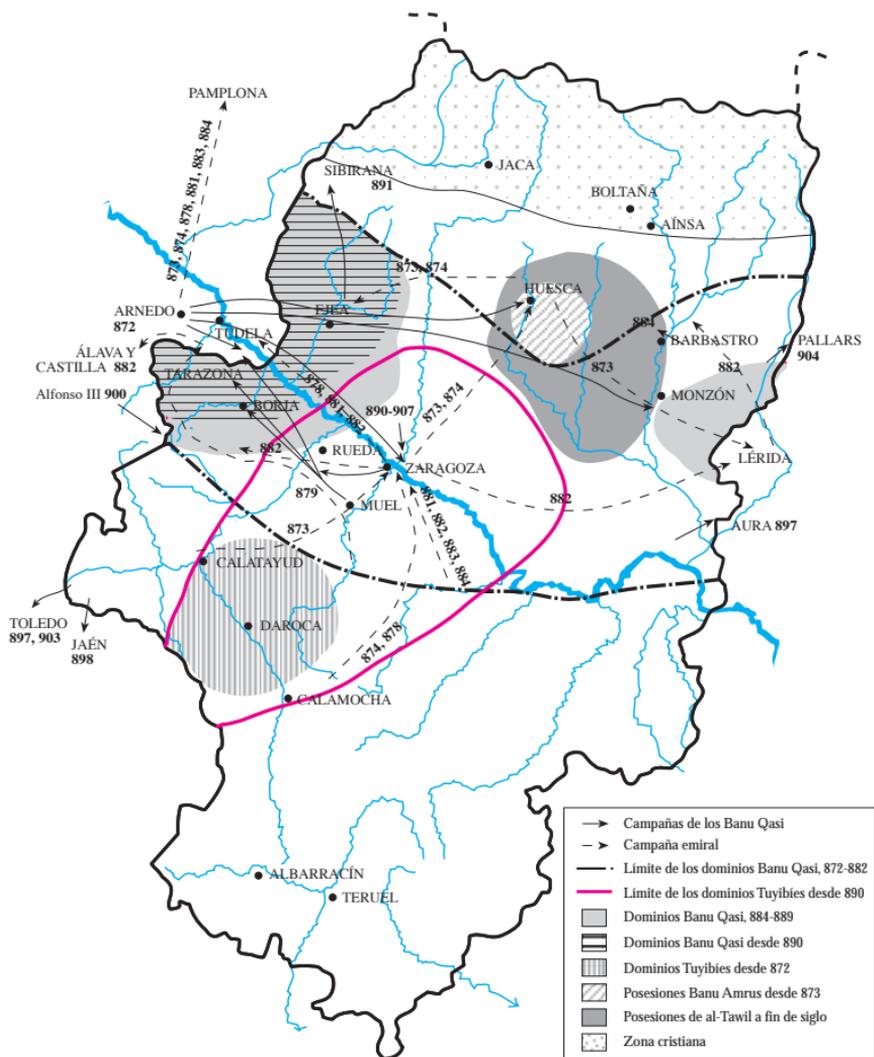
El ambiente político del siglo IX en la Marca Superior estuvo determinado por el juego de las dos potencias (francos al norte y andalusíes al sur) y por la variación de las relaciones con una y otra por parte de los señores locales, que intentaban mantener sus dominios en esa inestable frontera. Así hay que entender la sucesión de lealtades y rebeldías de los Banú Qasí hacia Córdoba: fueron fieles a Hisham I, rebeldes a Alhakam I hasta el 806, sumisos entre ese año y el 840, y de nuevo rebeldes desde el 841. Al año siguiente, Musa ben Qasí, hermano de madre de Íñigo Arista de Pamplona, vio cómo el gobernador de Zaragoza le arrebató Borja y Tudela; a raíz de este hecho, se retiró a Arnedo buscando el apoyo pamplonés. Hasta mediados de siglo, la tensión en la zona fue constante y cada año los emires organizaron campañas militares.

Hacia el 850, se produjo un cambio radical en la situación política por la aparición de nuevos personajes: García Íñiguez en Pamplona, Muhámmad I en Córdoba y Ordoño I en Asturias. Además, tanto la Cristiandad como el Islam experimentaron una progresiva concienciación de su oposición política y espiritual, lo que les llevó a cerrar filas y a unirse entre sí: los cristianos, incluidos los carolingios, por

un lado; y los musulmanes, por otro. En ese tiempo, el citado Musa orientó su amistad hacia el emir y tomó parte en las campañas militares contra los cristianos, que fueron vencidos en Albelda (851). Este triunfo señaló el momento de máximo poder y grandeza de la familia Banú Qasí.

En uno de sus primeros actos de poder, el nuevo emir Muhámmad I nombró a Musa ben Qasí, en el año 852, gobernador de Tudela y, poco después, de Zaragoza. Durante los ocho años siguientes Musa se mantuvo fiel a Córdoba; como prueba de ello, participó en varias campañas emirales, dirigiendo incluso en nombre de Muhámmad una expedición militar contra Barcelona (856). Fue la época gloriosa de Musa, en la que ejerció su dominio sobre casi toda la Marca: Tudela, Zaragoza y quizás Huesca, Calatayud y Daroca. Además de ampliar su territorio, consiguió fortalecer su autoridad creando un auténtico "principado".

Por aquel entonces se autodenominó "tercer rey de España" (los otros dos eran el asturiano y el cordobés). Por otra parte, intervino en los asuntos de Toledo y Guadalajara y mantuvo relaciones con Umar ben Hafsún, un rebelde del sur de la Península. El enorme poder de Musa (el famoso moro Muza de la tradición cristiana), un jefe local, es un buen ejemplo de cómo a mediados del siglo IX comenzaba ya la crisis del emirato, que duraría hasta principios del X y en la que las ambiciones individuales se



Declive y final de los Banu Qasi (862-900)

acentuaron. Esa situación se mantuvo durante los mandatos de Muhámmad I (852–886), Almúndir (886–888) y Abdallah (888–912), hasta que, a partir del primer tercio del siglo X, Abderrahmán III consiguió restaurar la autoridad central y el control omeya incluso en las Marcas.



*Impronta del alminar de la mezquita aljama
de Zaragoza conservada en los muros de La Seo
(Foto: J. A. Hernández Vera)*

Pero el poder de los Banú Qasí no duró tanto. En el 860, Musa fue vencido en Monte Laturce por el rey asturiano y el emir le retiró el cargo de gobernador de la Marca. Entre los años 862 (fecha de la muerte de Musa) y 872, la familia, que se mantenía fiel a Córdoba, vio menguadas sus posesiones. Mientras tanto, Pamplona y los Pirineos habían conseguido liberarse casi definitivamente de la presión del Islam. Por fin, en el año 872 estalló la sublevación de los hijos de Musa: Lope se levantó en Arnedo y, con la ayuda de sus hermanos, se adueñó de la Marca y tomó Zaragoza, Tudela, Monzón y Huesca.

El emir Muhámmad I intentó neutralizar el poder de los Banú Qasí reforzando al linaje árabe de los Tuyibíes, asentado desde los tiempos de la conquista en la zona de Calatayud y Daroca; el propio emir, con la ayuda del muladí Amrús, dirigió una campaña en el año 873 que culminó con la toma de Huesca. Amrús fue nombrado gobernador de esta ciudad, que sería su feudo familiar hasta mediados del siglo X.

La rebelión de los Banú Qasí aún se mantuvo hasta que, tras numerosas campañas y discordias familiares, en el año 884 el emir compró Zaragoza a Muhámmad, nieto de Musa, a cambio de 15.000 monedas de oro (dinares) y del control sobre Arnedo y Tarazona. De esta manera, las posesiones del linaje de los Banú Qasí se dividieron en dos áreas: las riberas navarra y riojana, por un lado, y Lérida y

Monzón, por otro; Huesca quedó en manos de los Banú Amrús, Zaragoza en las de un gobernador emiral y Daroca y Calatayud en las de los Tuyibíes.

Durante algún tiempo, las tierras del Ebro quedaron fuera del control central porque los emires dirigieron sus esfuerzos a combatir la sublevación de Umar ben Hafsún en Málaga. En esos años los Banú Qasí siguieron dando muestras de rebeldía, pero el declive de la familia era ya definitivo, sin apoyo del poder central y atacada por casi todos los frentes (por los reyes leonés y pamplonés, por el conde de Pallars y por los Banú Tawil en la Barbitaniya y en Lérida). Mientras, los Tuyibíes fueron acrecentando su influencia hasta desbancar totalmente a los Qasí: en el año 890 consiguió el gobierno de Zaragoza el primer Tuyibí, Muhámmad Alánqar.

LA MARCA SUPERIOR EN EL CALIFATO OMEYA

Abderrahmán III accedió al emirato en el año 912. Recibió de su abuelo un Estado fragmentado por las rebeldías provinciales y, para intentar reducirlas, recabó juramento de los gobernadores locales; el Tuyibí de Zaragoza fue uno de los primeros en enviarlo. Con todo, la Marca no estaba tranquila y prueba de ello fueron las cinco expediciones militares que el emir envió: dos contra los cristianos que acosaban la frontera y tres para sofocar sublevaciones

internas e imponer la supremacía califal, que duraría ya hasta la extinción del califato en el siglo XI.

La primera campaña de Abderrahmán III fue la de Muez, en el 920, contra los pamploneses y leoneses que hostigaban a los debilitados Banú Qasí. Los contraataques de Sancho Garcés de Pamplona provocaron la del 924 contra esa capital. Tras estas dos expediciones, se estableció una nueva situación fronteriza que se mantuvo durante todo el siglo X. Pero la consecuencia más importante de la segunda campaña fue que Abderrahmán impuso su autoridad sobre los señores locales, destituyendo definitivamente a los Banú Qasí como señores de Tudela; el cargo pasó al Tuyibí de Zaragoza Muhámmad Alánqar, cuya familia asumió el poder en la Marca a lo largo de más de un siglo.

Abderrahmán se llevó consigo a los últimos Banú Qasí a Córdoba, donde sirvieron en el ejército y desaparecieron de la escena política, con lo que finalizó la época de dominio muladí en la Marca Superior. El poder tuyibí se amplió a su costa y se agudizó la oposición entre los ámbitos musulmán y cristiano.

Los emires habían favorecido a los Tuyibíes para contrarrestar la influencia de los Banú Qasí en la Marca y frenar así su ambición de independencia. Pero los nuevos señores de Zaragoza mostraron pronto la misma tendencia a aumentar al máximo su poder en detrimento del central.

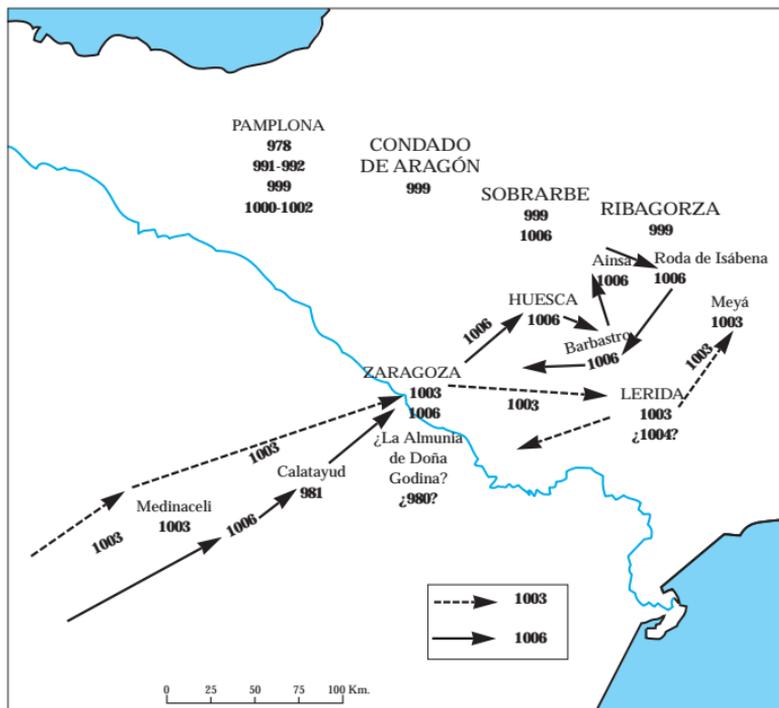
Las ciudades de Aragón en árabe

Alcañiz	قَانِيْش	Qānīš
Alquézar	القصر	al-Qaṣr
Antillón	قَسْمَطِيُون	Qasamṭiyūn
Barbastro	بَرِبَشْتَر	Barbaštur
Belchite	بَلشَاد	Balšād
Bolea	بَلِيَة	Buluya
Boltaña	بَرِبْطَانِيَة	Barbiṭāniya
Borja	بَرِجَة	Burġa
Cabañas	قَبَانِيْش	Qabānnaš
Calanda	قَلْنَة	Qalanna
Calatayud	قَلْعَة أَيُّوب	Qalṣat Ayyūb
Daroca	دَرَوْقَة	Darūqa
Fraga	إِفْرَاغَة	Ifrāga
Huesca	وَشْقَة	Wašqa
Labata	لَبَاتَة	Labāta
Maluenda	مَلُونْدَة	Malwinda
Mequinenza	مَكْنَسَة	Miknāsa
Monzón	مَنْتَشُون	Munt Šūn
Muel	مَوَالَة	Muwāla
Piracés	بَطْرَة سَلِج	Biṭra Silġ
Ricla	رِكْلَة	Rikla
Selgua	شَلْقَوَة	Šalquwa
Tarazona	طَرَسُونَة	Ṭarasūna
Teruel	تِيرُوَال	Tirwāl
Zaragoza	سَرَقْسَطَة	Saraqṣṭa
Zuera	الصَخِيْرَة	aṣ-Šuḥayra

En el 929, Abderrahmán III Annasir se proclamó califa y emprendió una política de mayor control provincial que le llevaría a comandar personalmente algunas campañas contra la Marca, donde los Tuyibíes y los Banú Sabrit se rebelaron en el año 934. Muhámmad ben Háshim el Tuyibí, tan pronto aliado al leonés Ramiro II como obediente al califa de Córdoba, protagonizó un levantamiento especialmente duro en Zaragoza. Tres fueron las expediciones califales que motivó esta rebelión (en los años 934, 935 y 937), con sus correspondientes asedios de la capital del Ebro, hasta que ambos bandos llegaron a un acuerdo que confirmó a Muhámmad en el gobierno de Zaragoza (en régimen de protectorado) a cambio de su compromiso de permanecer fiel a Córdoba. Como prueba de su adhesión, en el año 939 las tropas zaragozanas participaron junto a las califales en la batalla de Alhandega. Este régimen se mantuvo durante todo el siglo X y enlazó ya con la disgregación del califato en los pequeños reinos o taifas que tuvo lugar en el siglo XI.

A Abderrahmán III le sucedió Alhakam II (961–976). Su reinado se caracterizó por la paz interna y el predominio político y militar sobre los cristianos. Los Tuyibíes siguieron leales a Córdoba y disfrutaron del favor del califa, manteniéndose la tranquilidad en la Marca con Yahya y Abderrahmán, los hijos de Muhámmad. A finales de siglo incorporaron a su territorio Huesca y Barbastro, acabando así con el poder del linaje muladí Banú Sabrit.

A la muerte de Alhakam II accedió al trono su hijo Hisham II (976–1009), niño de doce años cuyo valido, Muhámmad ben Abí Amir, más conocido como Almanzor (*Almansur*, "el victorioso"), fue quien realmente dirigió los asuntos de Alandalús hasta su muerte el año 1002. Alman-



Las campañas de Almanzor y Abdalmalik en la Marca Superior (978–1006), según M. J. Viguera

zor y su hijo y sucesor Abdalmalik Almuzáffar (1002–1008) mantuvieron una política férrea y militarista que impuso la hegemonía del Estado cordobés en toda la Península, dominando tanto las resistencias internas (entre ellas, algún intento de independencia de los Tuyibíes de la Marca Superior) como las amenazas externas. Zaragoza sirvió, durante este periodo, como base de operaciones contra los territorios cristianos que rodeaban la Marca Superior (Pamplona, Barcelona y los Pirineos), con lo que se detuvo momentáneamente el avance cristiano. Pero la ofensiva cristiana se reanudaría pronto y con más fuerza, alentada por el nuevo rey pamplonés Sancho III *el Mayor* (1004–1035), quien animó los anhelos reconquistadores de los reinos pirenaicos.

A Abdalmalik le sucedió su hermano Abderrahmán Sanchuelo, quien sólo duraría un año en el poder, pues en 1009 estallaron las luchas por el califato: Hisham II fue depuesto y acabó la dictadura de los Amiríes (Amir era el apellido de Almanzor y sus hijos).

El califato de Córdoba, que había empezado a descomponerse durante la dictadura, acabó desapareciendo oficialmente en 1031, tras veinte años de guerra civil (*fitna*), con múltiples deposiciones y restituciones de dirigentes políticos. El Estado unitario cordobés quedó dividido en las llamadas taifas (etimológicamente, reinos de facción o parte), estados pequeños, pero independientes.

La nueva situación alteró la relación de fuerzas entre musulmanes y cristianos, favoreciendo a estos últimos la disgregación del poder islámico. La Marca Superior, que había sido la cabeza defensora de Alandalús, su parte más avanzada y en posición excéntrica respecto de Córdoba, se dividió ahora en dos taifas: la de Zaragoza y la de Lérida. Al producirse el vacío de poder califal, Zaragoza, como otras ciudades andalusíes, buscó en la elite local a sus nuevos dirigentes: los Tuyibíes (1018–1039), que ya eran los señores de la Marca en el periodo anterior, y los Banú Hud (1039–1110), ambos linajes pertenecientes a la nobleza árabe, no a la muladí de ascendencia hispana.

Zaragoza, Toledo y Sevilla fueron los tres reinos que decidieron la historia de Alandalús durante el siglo XI. A ellos se debe en buena parte la supervivencia del Islam como fuerza política en la Península en esa época, aunque, por el contrario, fueron también en parte responsables de su debilitamiento, ya que estuvieron ocupados en luchas continuas: con otros reinos islámicos menores, hasta absorberlos y con los reinos cristianos.

LA TAIFA TUYIBÍ

Al descomponerse el califato, algunos de los nuevos reinos islámicos de la Península quedaron en manos de militares de procedencia eslava que habían servido en los

ejércitos califales; en otros, fueron grupos bereberes quienes se hicieron con el poder, mientras que, finalmente, hubo taifas que pasaron a ser gobernadas por las antiguas aristocracias locales (bien fuesen de linajes árabes, bien de muladíes). A este tercer grupo de taifas, llamadas andalusíes, perteneció la de Zaragoza, ya que estuvo regida por los Tuyibíes, de abolengo árabe, que formaron una aristocracia política firmemente asentada en la región durante un largo periodo. En el siglo XI, que es el de la época de los reinos taifales, la legitimidad dinástica provenía principalmente de la aceptación local, por lo que es comprensible que las dinastías andalusíes se mantuvieran en el poder durante más tiempo que las bereberes y las eslavas.

Así, pues, su influencia en la zona desde épocas anteriores procuró a los Tuyibíes fuerza y estabilidad. Múndir I, el primer rector de la taifa, fue sin embargo un caso especial, pues la legitimidad de su poder en Zaragoza no le vino directamente de su pasado familiar (ya que él pertenecía a una rama menor que había regido Daroca), sino de su servicio en los ejércitos de Almanzor. Como pago por su labor militar en una época de gran actividad guerrera, Múndir I recibió primero el gobierno de Tudela (1005), con la ayuda de los dictadores Amiríes. En 1013 consiguió el título de gobernador de Zaragoza por su participación militar en las luchas de Córdoba. Y siguió tomando partido por varios candidatos al califato hasta que, en 1018, en plena guerra civil, se retiró a Zaragoza para dedicarse al

gobierno de su taifa, separándose definitivamente del poder central. Múndir I tomó los títulos de *bāyib* y *Almansur billab*, esto es, "chambelán" y "vencedor por Dios", respectivamente; los mismos que había adoptado Almanzor y que también tomaron otros fundadores de dinastías taifales para significar su derecho a actuar como regentes.

Aunque Múndir no se declaró formalmente independiente, sí se ocupó de dejar bien asentada su autoridad obteniendo el reconocimiento de todos los gobernadores de las ciudades de la Marca. Formó gobierno, nombró secretarios de la administración y trató de unificar su territorio. Con todo, sus relaciones con algunos señores locales no siempre fueron amistosas, sobre todo con el caíd de Lérida y luego de Tudela, Sulaymán ben Hud.

En el exterior, su mayor problema fue Sancho *el Mayor* de Navarra, que alentó rebeliones internas contra él y le arrebató algunas plazas. Para contrarrestar esa ofensiva, Múndir I estableció buenas relaciones con Barcelona y Castilla. Fue un estadista de prestigio y gran diplomático que mantuvo la paz en su reino, rodeado por vecinos cristianos poderosos y por estados islámicos en crisis y lucha constantes.

Múndir I murió en 1021 y le sucedió su hijo Yahya, quien adoptó el mismo título de *bāyib* ("chambelán") que el padre y el de *Almuzáffar* ("el victorioso"). Continuó los enfrentamientos con Sancho de Navarra y estrechó relacio-

nes con Toledo al casarse con una mujer del linaje Dunnún que gobernaba ese reino.

En 1036, al morir Yahya, le sucedió su hijo Múndir II, último de la dinastía: murió asesinado en 1039 por un pariente de la rama familiar principal, descendiente del primer gobernador Tuyibí de Zaragoza (es decir, de la rama que Múndir I relegó a un segundo plano durante la guerra civil). Este pariente, de nombre Abdallah ben Hakam, parece que habría optado por independizarse formalmente de Córdoba, pero sólo duró en el poder un mes, pues huyó al castillo de Rueda de Jalón a raíz de un levantamiento popular en Zaragoza.



Castillo de Rueda de Jalón

Ante el vacío de poder, Ismaíl ben Dunnún de Toledo, tío de Múndir II, intentó hacerse con el control de la taifa zaragozana, pero llegó antes el gobernador de Lérida Sulaymán ben Hud, quien instauró una nueva dinastía al frente de Zaragoza, la de los Banú Hud.

«Rueda era una fortaleza [...] equiparable a los extremos visibles del cielo, extremadamente inaccesible y elevada. La había dispuesto y construido Almustain ben Hud y la había pertrechado con medios de subsistencia y armas. Excavó en ella un pasaje subterráneo hasta el río, que construyó hábil y sólidamente —sus escaleras pasaban de cuatrocientos escalones—, por lo que no le fueron [jamás] interceptadas la bebida ni la senda.»

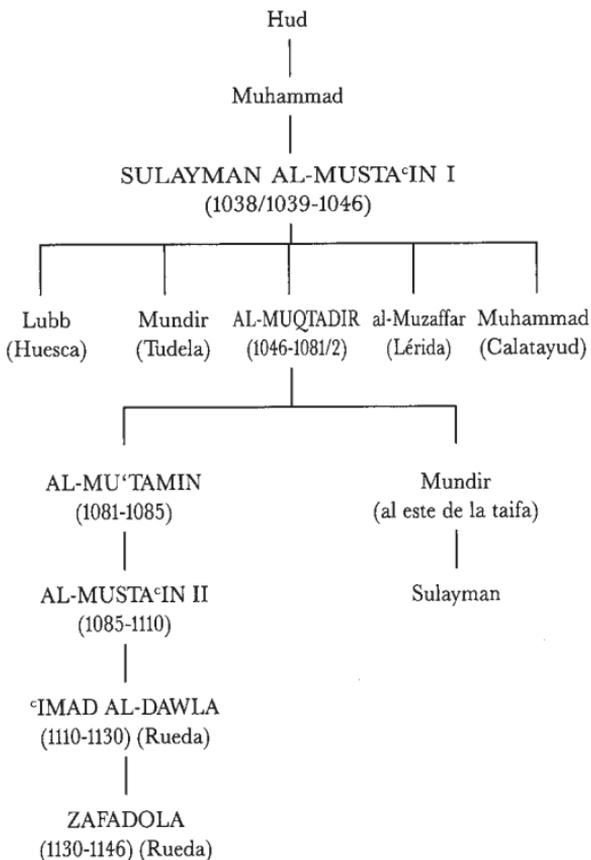
(Ibn al-Kardabús: *Historia de Alandalús*, Akal, Madrid, 1986)

LA TAIFA HUDÍ

La dinastía hudí mantuvo el poder en la taifa zaragozana durante tres cuartos de siglo, desde 1039 hasta 1110. Esta familia, como la de los tuyibíes, era de origen árabe y estaba arraigada en la región, pues ambas entraron en Hispania con los conquistadores en el siglo VIII.

El fundador de la dinastía en la taifa zaragozana, Sulaymán, al igual que el primer Tuyibí independiente, destacó en el ejército de Almanzor y en las luchas internas que siguieron al final del Califato. Durante la época tuyibí se mantuvo en sus territorios de Lérida y Tudela, relativamente sometido al rey de Zaragoza, e hizo frente a Sancho *el Mayor*. El prestigio de Sulaymán en la zona le valió ser bien acogido en la zuda (el alcázar del gobernador) por los

GENEALOGÍA DE LOS BANŪ HŪD
(según M. J. Viguera Molins)



zaragozanos en un momento de disturbios y vacío de poder. Lo asumió en toda la taifa y lo aseguró poniendo como gobernadores de distrito a sus hijos. Tomó los títulos de *háyib* y *Almustáin* ("el encomendado a Dios").

En el exterior, se enfrentó con la taifa de Toledo por la posesión de las tierras de Guadalajara; cada parte buscó la ayuda de un vecino cristiano: Sulaymán, la de Fernando I de Castilla, y los toledanos, la de García de Pamplona, hijos ambos de Sancho *el Mayor*. Para ello, tuvieron que pagar parias (tributos) a los cristianos, entrando en un difícil juego de alianzas. Este primer Hudí de Zaragoza murió en 1047, pero al menos un año antes comenzaron ya a advertirse tendencias separatistas entre sus cinco hijos. Siguiendo una práctica bastante habitual en las taifas, Sulaymán encomendó el gobierno de una ciudad distinta a cada uno de ellos: Lérida a Yúsuf, Huesca a Lope, Tudela a Múndir, Calatayud a Muhámmad y Zaragoza a Áhmad. Todos se independizaron y acuñaron moneda en su propia capital como signo de soberanía.

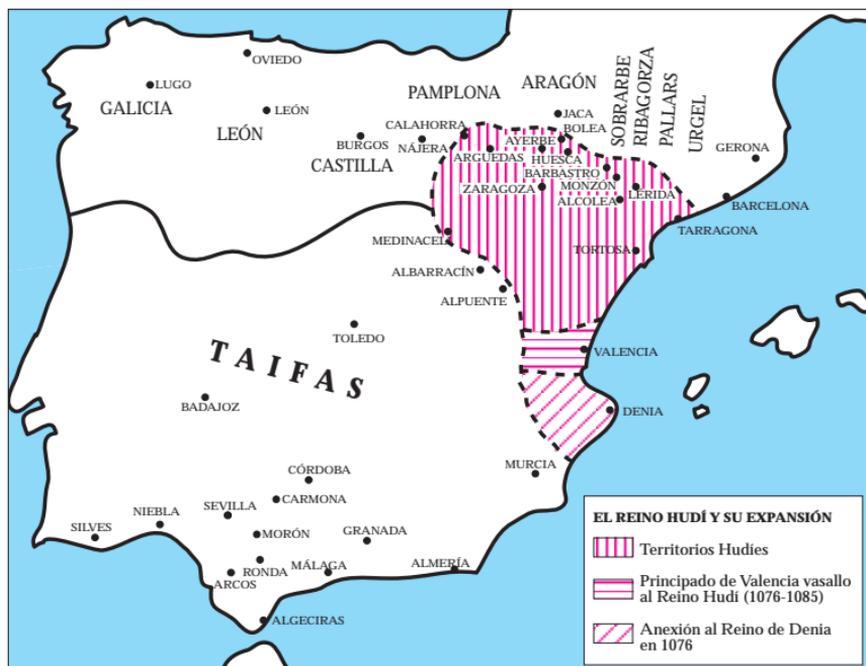
Áhmad Almuqtadir, heredero de Sulaymán en Zaragoza, consiguió volver a unir las tierras disgregadas entre sus hermanos, a quienes fue destituyendo. Sólo Yúsuf resistió, manteniendo independiente su territorio de Lérida durante más de treinta años, hasta que fue hecho prisionero cuatro años antes de acabar el reinado de Áhmad. En el proceso de expansión que se produjo durante la segunda mitad del



Dinar acuñado en Zaragoza por Múndir II en 1033 (anverso y reverso)

siglo XI, en que los reinos menores fueron sojuzgados por los mayores, Zaragoza fue la segunda taifa en importancia después de Sevilla. Sin embargo, la ampliación territorial no acabó con la tendencia a la desunión, pues la parte oriental de la taifa quedó desgajada del resto y, además, sus enfrentamientos dejaron a unos y otros a merced de los cristianos, que se enriquecieron a costa de sus vecinos musulmanes. Tanto Áhmad en Zaragoza como Yúsuf en Lérida pagaron parias a sus vecinos cristianos, fuera para solicitar su ayuda o para comprar la paz.

Áhmad Almuqtadir (1046–1082) llevó a cabo una política de centralización de poderes y expansión territorial que hizo de su reinado el más rico y próspero de la historia de esta taifa. Pese a ser Zaragoza el reino de posición más crítica, pues tenía fronteras con todos los estados cristianos (Castilla, Navarra, Aragón y Ribagorza, Pallars, Urgel y Barcelona), mantuvo en esta época puestos avanzados al pie mismo de los Pirineos. La frontera discurría por Lérida, Balaguer y Tamarite en el noreste, seguía por la región



La taifa budí y su expansión, según A. Turk

de Graus con las plazas fuertes de Laguarres, Capella, Perarrúa y Abizanda, continuaba por Alquézar y se dirigía hacia el oeste pasando por los enclaves de Bolea, Ayerbe, Valtierra y Ejea, siguiendo en línea recta hasta Calahorra. Desde aquí hasta Soria y Gormaz. Y por el sur, el reino de Zaragoza limitaba con el de Toledo y con el principado de los Banú Razín (Albarracín, que aún lleva su nombre).

Hacia Levante, Almuqtadir extendió también su reino al incorporar pacíficamente Tortosa en 1060 y Denia en 1076, desbancando a diversos reyes musulmanes de origen eslavo. Ambas ciudades quedaron así englobadas en la taifa zaragozana, aunque desde 1081 constituyeron una especie de "subtaifa" junto con Lérida. Esta expansión territorial fue interpretada por las taifas vecinas como una amenaza.

A mediados del siglo XI, la zona más septentrional del reino hudí era la Barbitaniya, con capital en Barbastro y puesto avanzado en Graus. Ramiro I de Aragón intentó varias veces apoderarse de estas plazas estratégicas, que penetraban en sus dominios como una cuña. En 1063 sitió Graus, pero Áhmad le hizo frente, quizás con ayuda castellana, y el rey aragonés murió en la batalla.

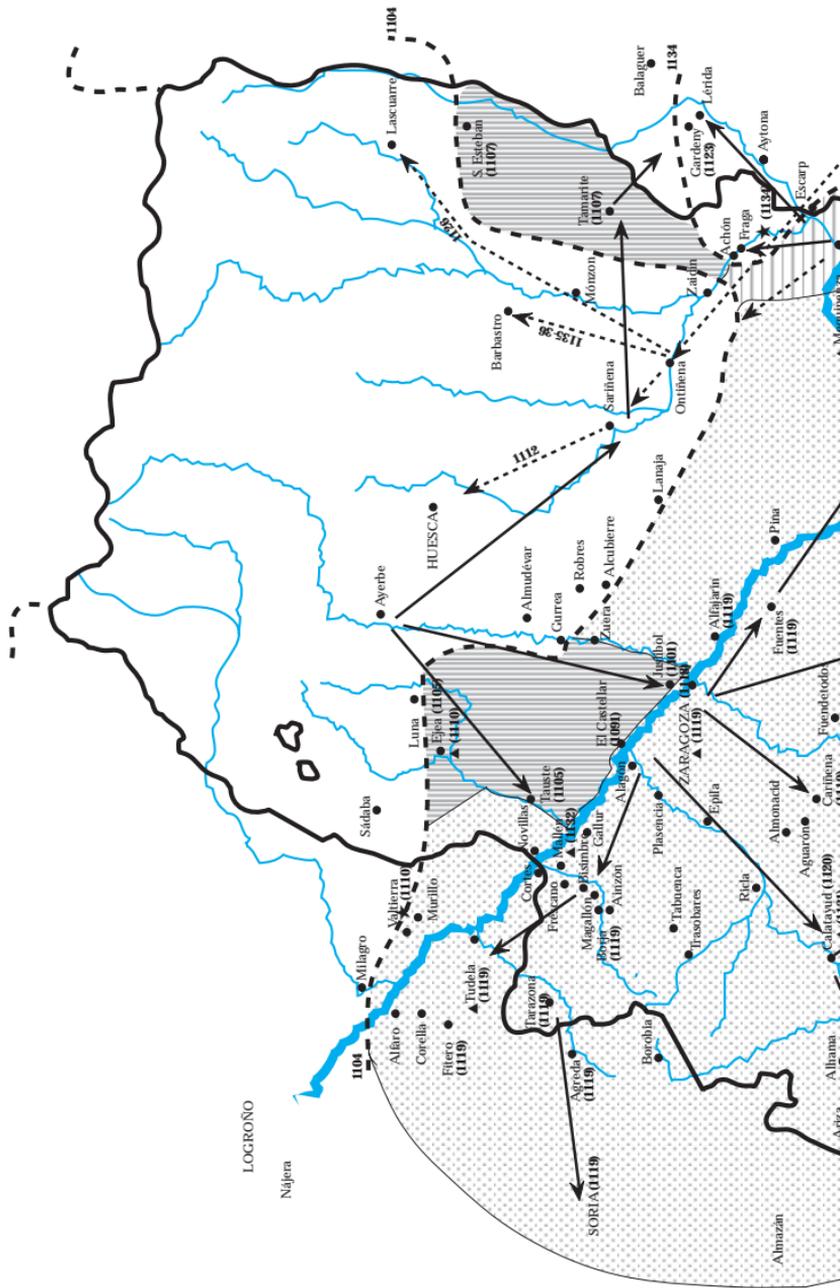
La Cristiandad sintió esa derrota como propia y, según dicen algunos autores, el papa Alejandro II predicó la primera cruzada de la historia con el propósito de tomar esos lugares a los musulmanes. El ejército "cruzado" de Sancho Ramírez de Aragón, formado por cristianos francos, itálicos y de diversos condados pirenaicos, tomó Barbastro en el año 1064.

La caída de la ciudad produjo una fuerte conmoción en todo Alandalús y dejó al reino zaragozano en una situación peligrosa, pues la ciudad era la principal plaza fuerte de la frontera del norte, además de un foco económico de importancia.

Así es que Áhmad reaccionó con prontitud y al año siguiente se puso al frente de un ejército reclutado por todo Alandalús para el *yihad* o "guerra santa" (el único caso que se conoce en todo el periodo de taifas) y con él recuperó Barbastro. El triunfo le proporcionó un alto prestigio y le permitió tomar el sobrenombre honorífico de *Almuqtadir billab* ("el poderoso gracias a Dios").

La reconquista cristiana era ya, de todas formas, imparable y en ese mismo año el rey de Aragón, Sancho Ramírez, entró en Alquézar. Para hacerle frente, Áhmad firmó tratados en 1069 y 1073 con Sancho el de Peñalén, rey de Pamplona, por los que compraba la ayuda navarra a cambio de elevadas parias.

En Levante la situación fue distinta. El gobierno de Valencia estaba en manos de Abú Bakr, quien se había declarado independiente de Toledo; pero aunque era un reino débil, Almuqtadir no quiso anexionárselo, en un principio, para no enfrentarse al poderoso Alfonso VI de Castilla, que intervenía en los asuntos tanto de Toledo como de Valencia y otros reinos del sur. Sin embargo, tras conquistar Tortosa y Denia, el saraqustí decidió ocupar Valencia, pues dividía sus posesiones, y por ello pagó parias también al rey castellano para comprar su neutralidad. Con todo, la diplomacia del dirigente valenciano Abú Bakr evitó que Almuqtadir tomase la ciudad por las armas, a cambio de reconocer teóricamente su autoridad; así,



LOGROÑO

Nájera

1104

1119

1119

1119

1112

1135-96

1107

1134

1104

SORRIA

1119

1119

1119

1119

1119

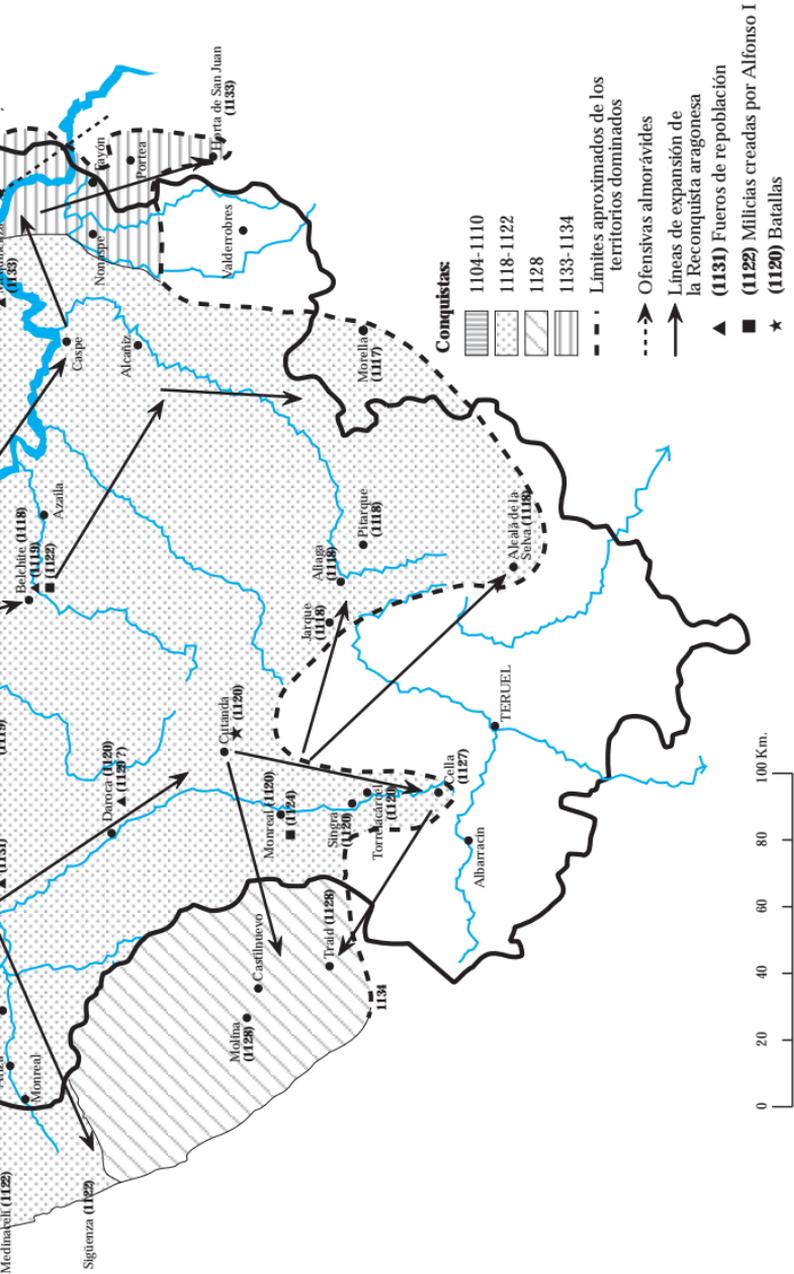
1119

1119

1119

1119

1119



La reconquista con Alfonso I el Batallador (1104-1134), según M. L. Rodrigo Estevan

Almuqtadir incorporaba el principado de Valencia como vasallo de la taifa zaragozana, situación que se mantuvo entre 1076 y 1085.



Arco de la Aljafería de mediados del siglo XI (Museo Arqueológico Nacional)

En tiempo de Almuqtadir, el reino de Zaragoza alcanzó su máxima extensión territorial y fama de gran potencia. En el último periodo de su reinado reunificó la taifa al entrar en buenas relaciones con su hermano Yúsuf de Lérida. Ya al final de su vida, reforzó su ejército contratando como mercenario a Rodrigo Díaz, el Cid, que había sido desterrado de Castilla en 1081 por Alfonso VI.

Almuqtadir fue un rey de gran talento político y militar, pero también sabio y con elevadas preocupaciones artísticas y culturales. Mandó construir el palacio de la Aljafería (cuyo nombre deriva de una parte del suyo: Abú Yáfar), convirtiéndolo en sede de su Corte, donde vivía rodeado

del brillo y la prosperidad que le daban los artistas y hombres cultos que allí hallaron refugio. A pesar de los muchos esfuerzos que tuvo que realizar para reunificar el reino de su padre, él mismo volvió a dividir su herencia territorial entre sus hijos. Dejó a Yúsuf Almutamín al frente de la parte occidental de sus territorios (Zaragoza, Tudela, Huesca y Calatayud) y a Múndir la zona costera del reino (Lérida, Monzón, Tortosa y Denia), tierras que ya gobernaba, por delegación, en vida de su padre.

Así, hacia 1081 se separaron de nuevo los territorios y las fuerzas de la taifa, en un momento en que arreciaba el empuje del rey aragonés Sancho Ramírez por el norte. El Cid, al servicio de Almutamín, recibió el encargo de reincorporar los territorios orientales de la taifa, para lo que combatió a Múndir y a sus aliados de Aragón y la futura Cataluña en tierras de Lérida y del Maestrazgo. Los enfrentamientos entre los dos hermanos fueron constantes, pero ninguno de ellos logró reunificar el territorio paterno.

El Cid, al principio, fue capaz de contener a los cristianos del norte, pero en 1083 ya no pudo hacer nada frente a Sancho Ramírez, que consiguió notables avances al tomar la línea de castillos que precedía a las grandes ciudades del reino zaragozano: Muñones, Secastilla y Graus en dirección a Barbastro; Ayerbe, Bolea y Arascués hacia Huesca; y Arguedas hacia Tudela.

No existía aún una frontera fija entre el reino de Aragón y la taifa de Zaragoza. Por el contrario, ambos poseían enclaves, ciudades y castillos desde los que lanzaban incursiones de saqueo y se defendían de los ataques enemigos. En ocasiones, los cristianos conquistaron o los musulmanes mantuvieron plazas en medio del territorio enemigo, totalmente aisladas del núcleo de sus respectivos reinos pero que, aun así, eran abastecidas y conservadas a veces durante largo tiempo, lo que da idea de la permeabilidad de la banda fronteriza.



Friso en yeso procedente de la Sala de los Paramentos de la Aljafería (s. XI)

Las relaciones de Zaragoza con Valencia, protectorado del reino hudí desde Almuqtadir, se estrecharon aun más mediante alianzas matrimoniales, pero también en Valencia se iban a producir cambios. Alfonso VI de Castilla y León venía aplicando a las taifas del sur una política de intervención progresiva y de cobro de parias que las empobreció y debilitó económica y militarmente, hasta que cayeron en sus manos sin resistencia. Tal ocurrió en 1085, cuando el rey Alqádir de Toledo entregó su ciudad a Alfonso VI a cambio de su ayuda para tomar Valencia y poder desban-car de allí a Abú Bakr.

La rendición de Toledo al rey castellano supuso un duro golpe para el Islam andalusí, sobre todo para el reino de Zaragoza, que quedaba así separado del resto de Alandalús; sólo podía comunicarse a través de Valencia, que ahora se encontraba en poder de Alqádir, el protegido de Alfonso. El reino hudí estaba, por tanto, aislado y Alfonso VI pudo lanzarse a su conquista con tranquilidad; de hecho, sitió a Zaragoza en 1086. A raíz de la pérdida de Toledo, los reyes de taifas se apercibieron del grave peligro que representaba para todos ellos la política expansiva de Alfonso VI y la necesidad de recurrir a una ayuda exterior: la de los almorávides magrebíes.

Yúsuf llevó el título de *Almutamín* ("el que confía en Dios") y fue un rey erudito, sabio y aficionado a las matemáticas. Su política resultó hábil, pues, pese a la crítica

posición de su reino, supo mantenerlo frente a los avances cristianos.

En 1085 le sucedió su hijo Áhmad Almustaín II. En esos años, el avance de los aragoneses por tierras hudíes, en concreto por las comarcas del Cinca y de Huesca, era ya muy importante. Pero en los reinos de taifas del sur las cosas iban todavía peor, en lucha unos contra otros y enfrentados a la creciente presión de Alfonso VI. La situación llegó a ser tan insostenible que Almutamid ben Abbad, rey de Sevilla, pidió a los reyes de Badajoz y Granada que se unieran a él para solicitar la intervención de Yúsuf ben Tashufín, emir de los almorávides, la poderosa dinastía de bereberes que tenía su capital en Marrakesh. Éstos acudieron en ayuda de las taifas hispanas y vencieron a Alfonso VI en la batalla de Sagrajas, cerca de Badajoz, en 1086. La derrota cristiana libró a Zaragoza de la presión de los castellanos, quienes tuvieron que levantar el fuerte asedio a que sometían a la ciudad para hacer frente a los almorávides. El claro triunfo musulmán frenó el impulso reconquistador de Alfonso VI y apartó a Zaragoza del influjo de Castilla (para luego caer en el de Aragón).

Viéndose libres del peligro inmediato que representaba Alfonso VI, los reyes musulmanes se enfrentaron por el dominio de Valencia. Entre los pretendientes se encontraba Almustaín de Zaragoza, pero sería el Cid, por su propia cuenta, quien la tomaría en 1094.

La batalla de Sagrajas representó un cambio político radical en Alandalús. Los vencedores almorávides regresaron de momento Almagreb, pero volvieron pocos años después, en 1090, y reunificaron Alandalús como protectorado del imperio almorávide tras destituir a todos los reyes de las taifas, excepto a Almustáin, el rey hudí de Zaragoza.

Debe tenerse en cuenta que las taifas se encontraban asfixiadas económicamente por dos motivos: el pago de las parias, de un lado, y el de los mercenarios que formaban el ejército, por otro. Esto hizo que la presión fiscal, durante el siglo XI, aumentara progresivamente hasta llegar a la imposición de contribuciones "ilegales" (no incluidas en la ley islámica), lo que constituyó otra de las razones que impulsaron a los puristas almorávides a destronar a los reyes de taifas.

Durante estos años la taifa de Zaragoza, gracias a las buenas relaciones de Almustáin con los almorávides, se mantuvo como reino fronterizo independiente, avanzadilla de Alandalús frente a los cristianos y único territorio que evitó la reunificación almorávide.

Aunque la victoria de estos últimos frenó a los cristianos, no los hizo retroceder: la reconquista era ya irremediable y el reino de Aragón presionaba de forma definitiva por el noreste, tomando los puestos defensivos de la frontera septentrional. En 1089 cayó Monzón, Balaguer en

1091, Almenar en 1093, Huesca en 1096 y Barbastro, ya definitivamente, en 1100. Almustaín mantuvo el equilibrio con dificultad entre dos fuegos hasta que fue derrotado y muerto en 1110 en la batalla de Valtierra, cerca de Tudela, frente al aragonés Alfonso I *el Batallador*, quien ya había avanzado hacia el Ebro tras tomar Tamarite, Ejea y Tauste.

Almustaín consiguió mantener la independencia de la taifa ante el doble empuje cristiano y almorávide, si bien, para conseguir un contrapeso frente a la amenazante presión aragonesa, pagaba importantes parias a su protector castellano, Alfonso VI. Pero su sucesor, Abdelmalik, ya no pudo mantener ese equilibrio; su subordinación a los cristianos era creciente y el partido pro-almorávide, de tendencias puritanas, vio con malos ojos tal situación. Aunque fue proclamado rey y tomó el título de *Imad Addawla* ("pilar de la dinastía"), los zaragozanos, sólo cuatro meses después, vieron en los almorávides su única posibilidad de salvación y les entregaron la ciudad.

Desaparecían así, a un tiempo, el linaje hudí del gobierno de Zaragoza y la última taifa. Sin embargo, la dinastía Banú Hud se mantuvo aún durante algún tiempo con Imad Addawla y con su sucesor Sayf Addawla (título que significa "sable de la dinastía", romanceado en las crónicas como "Zafadola"), que vivieron confinados en el castillo de Rueda de Jalón y fueron utilizados por los cristianos contra los almorávides.

EL FINAL: ALMORÁVIDES Y CRISTIANOS

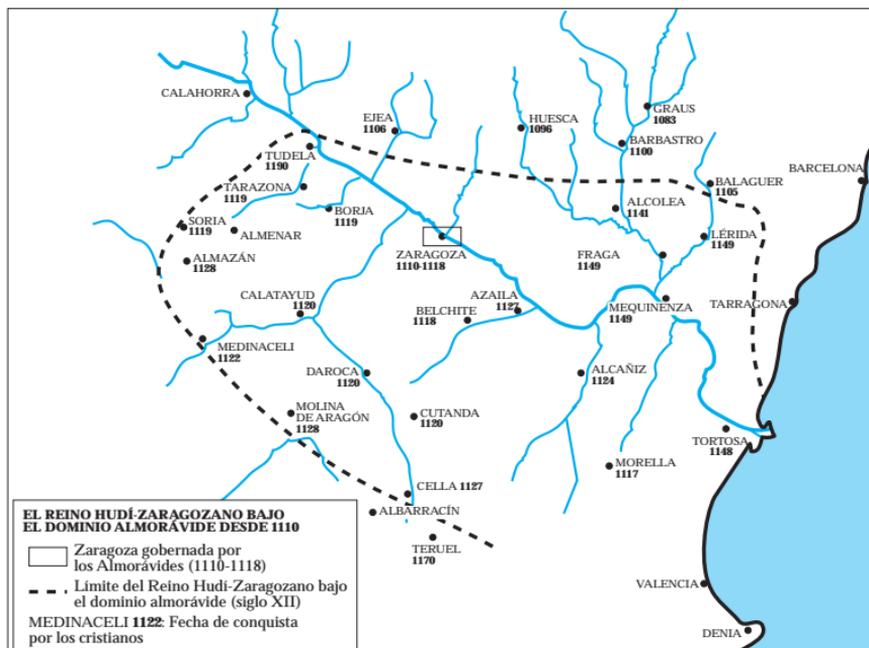
El bando pro-almorávide de Zaragoza recurrió a Muhámmad ben Alhays, gobernador de Valencia, para que asumiera el gobierno de la ciudad. Éste llegó en mayo de 1110 y tomó posesión de la Aljafería como símbolo de ocupación de Zaragoza. Así, el imperio almorávide conseguía su máxima expansión, incorporando a sus territorios los del último reino de taifa de la Península Ibérica. En ese momento, la frontera almorávide con los reinos cristianos seguía, aproximadamente, los cursos del Ebro y el Tajo.

Durante cinco años el gobierno estuvo en manos de Muhámmad ben Alhays, quien hizo frente al rey aragonés Alfonso I, que amenazaba desde hacía algún tiempo la capital del Ebro, y al Hudí destronado Imad Addawla, refugiado en Rueda. Le sucedió durante dos años el emir Ibn Tifilwit, más aficionado a la vida cortesana que a la militar y que se rodeó de un ambiente fastuoso y placentero, conviviendo con poetas y filósofos (entre ellos Avempace, su visir). Tras la muerte de Ibn Tifilwit, a principios de 1117, Zaragoza quedó sin gobernador durante unos meses y sus asuntos temporalmente en manos del gobernador de Murcia y de Levante.

El Reino de Zaragoza se mantuvo en poder almorávide durante un total de ocho años, hasta que en 1118 Alfonso I, imbuido del espíritu cruzado, tomó la capital y, con ella, la mayor parte de su zona de influencia. La caída de Zaragoza

za fue un importante revés para el imperio almorávide y representó el primer paso hacia su ruina, ya que perdía, así, la cuenca del Ebro y dejaba todo el Levante amenazado por el empuje de Alfonso I.

El decisivo ataque cristiano de 1118 se preparó probablemente desde el sudeste, desde las zonas del Maestrazgo



Los almorávides en Aragón, según A. Turk

y el macizo montañoso de Aliaga, que habrían quedado sin control almorávide por estar fuera de los caminos que se dirigían a Daroca, Castellón, Tortosa y Lérida. Alfonso I, acompañado por sus vasallos Gastón de Bearn y Céntulo de Bigorra, aprovecharía para infiltrarse por Belchite, Montalbán y Aliaga y atacar simultáneamente Lérida y Zaragoza (1117), tanteando así las fuerzas enemigas. Cuando el rey aragonés decidió dar el golpe definitivo, encargó la propaganda de su campaña a varios miembros de la Iglesia que gozaban de su confianza, y a principios del año siguiente el Concilio de Toulouse daba el visto bueno a la cruzada contra Zaragoza.

Numerosas fuerzas —algunas dirigidas por combatientes que habían participado en la primera cruzada a Oriente— vinieron del otro lado de los Pirineos, sobre todo del Bearn francés, y se presentaron sin demasiados problemas ante las murallas de Zaragoza en el mes de mayo para iniciar formalmente el sitio de la ciudad. Lo narra así una crónica árabe:

«Mandó a los extremos del país franco, pidiendo auxiliares para asediar a Zaragoza; le acudieron pueblos como hormigas y langostas, y la sitiaron con él, dándose a atacarla y haciendo torres de madera, que se movían sobre ruedas y las acercaron a la ciudad; plantaron en ellas truenos, y montaron contra la ciudad veinte almajaneques.» (Del *Rawd al-Qirtas* de Ibn Abi Zar, Anubar, Valencia, 1964).

Además de los francos, tomaron parte en la campaña señores aragoneses y de tierras colindantes, ligados a Alfonso por lazos familiares o de vasallaje. Alfonso I, que se encontraba en Castilla, se unió a los sitiadores. El asedio de la ciudad se prolongó durante siete meses y se mantuvo desde las cabezas de asedio, levantadas años atrás, de El Castellar y Juslibol (cuyo nombre deriva del grito cruzado



Capitel del palacio de la Aljafería (s. XI)

Deus lo vol, es decir "Dios lo quiere", lo que muestra claramente el espíritu que animó las empresas de Alfonso D).

En septiembre llegaron tropas almorávides desde Jaén al mando de Ibn Mazdalí y consiguieron entrar en la ciudad, pero este general murió dos meses después. Los zaragozanos, agobiados por la escasez de víveres y sin gobernador, debieron de proponer una tregua a Alfonso comprometiéndose a entregar la plaza si en un plazo determinado no recibían auxilio exterior. Parece que acudió en socorro de la ciudad un contingente almorávide que llegó hasta María de Huerva, pero se retiró o fue rechazado por las fuerzas cristianas sin alcanzar Zaragoza.

A los pocos días, el 11 de diciembre de 1118, los sitiados, ya sin provisiones ni ayuda, pactaron su rendición, tomando Alfonso posesión del palacio del gobierno o zuda, como símbolo de la ocupación de la ciudad. Ocho días antes había escrito el cadí de Zaragoza una carta al emir almorávide en la que decía:

«Oh almorávides, hermanos nuestros en la Fe de Dios, ¿creéis que si le ocurre a Zaragoza aquello cuyo aviso y temor amenaza, vais vosotros a poder respirar o a hallar en el resto de Alandalús algún modo o manera de salvaros?, ¡pues no!, ¡y por Dios que los infieles os echarán de ella por completo, os sacarán casa por casa! Zaragoza, guárdela Dios, es el muro de contención, y abierto, se abrirán todos detrás.» (M. J. Viguera, *Aragón musulmán*, Zaragoza, 1981).

Las capitulaciones de Zaragoza no se conservan, pero sí las de Tudela y Tortosa, cuyas condiciones fueron, probablemente, muy similares:

- Quien quiera quedarse en la ciudad podrá hacerlo conservando sus bienes.
- El que lo prefiera podrá habitar en sus propiedades fuera de la ciudad.
- Quien quiera irse podrá hacerlo libremente con su familia y pertenencias y con total seguridad.
- El que lo desee podrá vender su patrimonio libremente.
- Durante un año conservarán sus casas y mezquitas dentro de la ciudad; pasado ese tiempo, deberán instalarse extramuros, en el arrabal de los Curtidores (*Altabás*), situado al otro lado del puente del Ebro.
- Cuando residan en el arrabal podrán atravesar el puente y la ciudad para ir a sus propiedades.
- Sus autoridades privativas (cadíes, alfaquíes y visires) serán confirmadas en sus cargos y honradas como en la época anterior.
- En sus pleitos tendrán competencia sus jueces y se aplicarán sus leyes.
- En los litigios con cristianos, cada parte procederá con sus jueces y sus leyes.
- Ante la sospecha de delito de un musulmán, sólo se tomará testimonio contra él de musulmanes de fiar, sin que prevalezca la palabra del cristiano.
- Si un musulmán ha de prestar juramento, lo hará según su ley.
- Sólo tendrán autoridad sobre ellos los cristianos honrados y rectos.

- No habrá sobre ellos ni sobre sus propiedades ningún judío.
- Entregarán el diezmo de sus producciones y beneficios.
- No están obligados a prestaciones por sus personas ni por sus animales.
- Si un cristiano reconoce entre los musulmanes habitantes de la ciudad a un esclavo fugitivo, no le será entregado, sino que permanecerá libre.
- No se les privará de los cautivos que posean legítimamente sin pagarles por ellos.
- Los judíos no podrán comprar musulmanes para tenerlos en cautividad.
- Si se sospecha que un musulmán esconde a otro que sea cautivo huido o rebelde, se podrá registrar su casa siempre que esté atestado el hecho, y en ese caso sólo la suya, no la del vecino.
- Ningún cristiano entrará por la fuerza en la casa o en la propiedad de un musulmán.
- Los cristianos no les reclamarán nada del periodo anterior.
- No podrán ser obligados a luchar contra otros musulmanes ni contra cristianos.
- Podrán llevar armas.
- Sus ganados podrán pastar en tierras del rey pagando el impuesto que establecen sus propias leyes.
- No se les quitará animal alguno que posean, aunque antes de la capitulación hubiera sido de cristianos.
- Si los almorávides causan algún daño a los cristianos, no serán objeto de represalias los musulmanes autóctonos.

Bajo la soberanía de Alfonso I, quedó como señor de la ciudad Gastón de Bearne, quien se encargaría de hacer los repartos de haciendas entre los participantes en la conquista. También tomaron inmediatamente posesión de sus cargos el justicia y el zalmedina (magistrado con jurisdicción civil y criminal en la ciudad).

Tras la conquista cristiana, parte de los habitantes musulmanes —sobre todo, las elites dirigentes y las personas más formadas y poderosas— emigró a tierras que seguían siendo islámicas, pero la mayoría de la población permaneció bajo el estatuto de mudéjares (musulmanes que se quedaron en sus tierras bajo el nuevo poder político cristiano, conservando su religión, autoridades privadas y modos de vida). Acababa así el poder político del Islam en Zaragoza, aunque no la presencia de población musulmana.

Su estatuto legal, fijado en las primeras capitulaciones y caracterizado por la tolerancia hacia sus peculiaridades, se fue deteriorando con el tiempo. Así, frente a la libertad inicial de emigrar, cuando la permanencia fue más incómoda por un mayor asentamiento de repobladores cristianos y porque el deseo de marcharse se hizo más frecuente, las capitulaciones se modificaron para evitar el despoblamiento, exigiéndose un permiso real para permitir la marcha de los musulmanes a otras tierras. Del mismo modo, sus autoridades propias, que en principio eran elegidas por la pro-

pia aljama (comunidad musulmana), pasaron luego a ser nombradas por el representante del poder cristiano, quien controló progresivamente su actividad. También el derecho a que sus causas fueran falladas por sus propios jueces y según sus leyes se iría restringiendo y los mudéjares fueron pasando, de hecho, a la jurisdicción de los cristianos.

La situación legal de los mudéjares se fue deteriorando hasta que en 1526 se aplicó en la Corona de Aragón el decreto de conversión forzosa publicado por los Reyes Católicos en 1501. De esta forma perdieron su libertad de culto y tuvieron que adherirse a la religión cristiana; desde ese momento se les denominó moriscos. Se sabe, no obstante, que en sus usos cotidianos, en secreto, mantuvieron su señas de identidad durante casi un siglo, hasta que el decreto de expulsión de 1610 acabó definitivamente con la presencia islámica en Aragón.

Perdida la capital, las restantes ciudades y plazas fuertes del reino hudí fueron cayendo con facilidad y rapidez en manos del rey cristiano: Tudela en 1119, desde allí Tarazona, Borja y Soria en el mismo año; Calatayud, Daroca y las vegas del Jalón y el Jiloca en 1120, tras la decisiva batalla de Cutanda; Sigüenza y Medinaceli en 1122 (aunque se perdieron al poco tiempo) y Alcañiz en 1124.

Alfonso I, seguro de sus conquistas y habiendo cortado el camino de Valencia que podía traer refuerzos almorávides, hizo en 1125 una profunda incursión por Levante y

Andalucía de la que volvió acompañado por numerosos cristianos mozárabes, con los que repobló sus nuevos territorios.

La aspiración del Batallador era conquistar Valencia para abrir su reino al mar; con tal fin ganó Cella en 1127 y Molina de Aragón en 1128, intentando asegurar los puestos fronterizos que le permitieran avanzar hacia Valencia y, también, fijar sus fronteras con Castilla. Pero tras la batalla de Cullera (1129), en la que nuevamente venció a los almorávides, orientó sus ataques hacia Lérida y el Bajo Ebro: Mequinenza cayó en 1132 y, a continuación, puso sitio a Fraga. Sin embargo, las tropas leridanas, a las que se unieron refuerzos almorávides, vencieron al ejército aragonés en 1134. A raíz de este triunfo y de la muerte del Batallador, ocurrida poco después de la batalla, hubo una breve reacción almorávide, pero los musulmanes no aprovecharon la ocasión para continuar los ataques por esta zona, sino que se afanaron infructuosamente en la frontera del Tajo; y es que Alfonso VII de Castilla podía no sólo defender Toledo, sino incluso tomar la iniciativa.

En esos momentos, la mayor parte de las tierras hoy aragonesas estaban en manos cristianas. El hermano y sucesor de Alfonso I, Ramiro II *el Monje*, y su yerno y súbdito, Ramón Berenguer IV, continuaron la conquista por los territorios del bajo Cinca, que habían recuperado los almorávides, y luego por los de la tierra baja turolense.

Fragmentos de
Una descripción anónima de Alandalús

«De muy antigua construcción es la metrópoli de la Marca Superior [...]. Lo maravilloso de la arquitectura de esta ciudad es que está rodeada de un foso cuyo muro está hecho de pumita blanca desbastada, de apariencia marmórea y con los bloques machihembrados; por su parte externa tiene una altura de cuarenta codos, mientras que en su interior se halla al mismo nivel que el suelo, los callejones, los zocos y las calles; lo que se halla en el interior dista del foso cinco codos como máximo y todos los edificios sobresalen por encima de las defensas de la ciudad.»

«Zaragoza disfruta de un agua magnífica y de un clima extraordinario [...]. En ella no se pudre ni se corrompe ningún alimento, se puede encontrar allí trigo de cien años, uvas rojas de seis, higos, melocotones, granos, manzanas, peras y mirolábanos de cuatro y habas y garbanzos de veinte. Tampoco se estropean la madera ni la ropa, sea ésta de lana, seda, algodón o lino. En todo Alandalús no hay otra zona más fructífera, más productiva ni que cuente con mejores alimentos, pues es la región más privilegiada, más fértil y mejor situada. [...] Posee una mina de sal gema blanca.»

(Trad. de L. Molina, CSIC, Madrid, 1983,
pp. 76-77)

Poco faltaba ya para dar por terminado el periodo histórico de cuatro siglos largos en los que el Valle del Ebro formó parte activa del mundo islámico y su cultura, momento que puede datarse en 1170, cuando Alfonso II *el Casto*, nieto de Ramiro II, tomó Teruel.

LA CIUDAD DE SARAQUSTA



La denominación árabe *Saraqusta* deriva del latín *Caesar Augusta*, nombre dado a la ciudad por sus fundadores romanos. Los árabes le dieron también el sobrenombre de "La Ciudad Blanca" y lo explicaron con "maravillas" que los geógrafos árabes acostumbraban a destacar para dar prestigio a un lugar. Las maravillas atribuidas a Zaragoza para justificar su apelativo hacían referencia a la luz que emanaba de los cuerpos de dos santones musulmanes supuestamente enterrados en la ciudad; aunque otros achacaban su blancura, que ahuyentaba a las serpientes y demás alimañas, a sus murallas de alabastro.

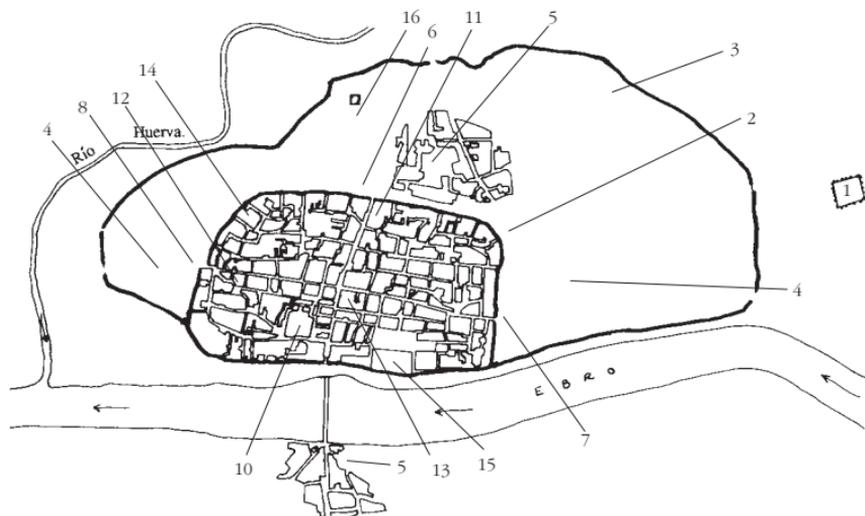
Los dos santones eran, según la tradición, personajes de la segunda generación de musulmanes (es decir, que habían tratado a los Compañeros del Profeta) llamados Hanásh Assananí y Alí Allajmí. Éstos habrían acudido a la Zaragoza recién conquistada para el Islam, actuando en las labores jurídico-religiosas inmediatas a la conquista tales como el reparto del botín, la entrega de capitulaciones, la enseñanza religiosa o la fundación de la mezquita aljama. Su participación en la organización de la ciudad habría asegurado el cumplimiento de la ley y la islamización de la conquista, a pesar de su lejanía del centro de poder del imperio.

El aura de venerabilidad que envolvía a estos dos santos dio origen a la leyenda de que sus tumbas, ubicadas en el cementerio de la Puerta de Alquibla (al este de la ciudad), irradiaban una luz que alejaba a las culebras. La realidad de esta tradición es dudosa y acaso esté inspirada en un pasaje de San Isidoro sobre el brillo de las sepulturas de los Santos Mártires inhumados en la iglesia de las Santas Masas (la actual Santa Engracia). Con esta leyenda se quería dotar a las tierras recién conquistadas de vigor islámico y de vínculos directos con el Profeta y la tradición árabe.

La ciudad estaba compuesta por varios núcleos. El centro político-administrativo, conocido como *medina*, ocupaba el espacio de la ciudad romana preexistente, cuyo trazado se conservaba en lo fundamental. En concreto, la Saraqusta islámica mantenía las dos calles perpendiculares principales y el parcelario en retícula del plano romano; se mantuvo también la muralla de piedra de origen romano que rodeaba el núcleo urbano. La ciudad tenía, además, varios arrabales, alguno de ellos defendido por un muro de tierra.

En la *medina* se localizaba la mezquita aljama, que tras la conquista cristiana sería consagrada como catedral o seo de San Salvador, y cerca de allí estaría el zoco. Aunque el topónimo "azoque" hace referencia a un mercado, la actual calle de ese nombre puede corresponder bien a otro mercado de la Zaragoza islámica (no al principal), bien a un

mercado de la morería mudéjar instalada en esa zona tras la conquista cristiana. Dentro de la *medina* había también barrios donde se concentraban las minorías religiosas (cristianos y judíos), que mantenían sus propios templos.



- | | |
|---|--|
| 1. Alcazaba (después palacio de la Aljafería) | 8. Puerta de al-Qibla |
| 2. Muro romano que encerraba la Medina | 9. Puerta de al-Qantara |
| 3. Muro de tierra | 10. Mezquita mayor |
| 4. Cementerios islámicos | 11. Mezquita de Abu Jalid |
| 5. Arrabales | 12. Mezquita |
| 6. Puerta Cinegia | 13. Mezquita |
| 7. Puerta de Toledo | 14. Judería |
| | 15. Iglesia mozárabe de Santa María |
| | 16. Iglesia mozárabe de Santa Engracia |

Plano de la Zaragoza islámica, según J. L. Corral

La sede del gobernador (la *zuda*) se localizaba en el palacio cuyo emplazamiento ocupa hoy el Torreón de la Zuda. El palacio estaba dentro del distrito urbano, adosado a la muralla y posiblemente rodeado de un recinto fortificado propio que constituiría la alcazaba. Además, en la *medina* y en los arrabales había otras mezquitas y también baños públicos.

Extramuros se encontraba la Aljafería, lugar de observación y defensa de la ciudad durante la época omeya y después, en la época de taifas, palacio y sede del rey y de su gobierno. También fuera de la muralla estaba la explanada conocida como *almusalla* o *almusara*, donde se convocaba a la multitud o se congregaba ésta y cuyo nombre se mantiene en el topónimo Almozara; allí se celebraban todo tipo de acontecimientos públicos, entre ellos oraciones multitudinarias, paseos y alardes militares.

La muralla tenía cuatro puertas, situadas cada una de ellas en un extremo de las dos vías principales del trazado romano: al norte la del Puente, así llamada porque se prolongaba mediante un puente sobre el Ebro; al este, la de Alquibla; al sur, la de *Sinhaya* (nombre que hace referencia a un grupo bereber asentado en la zona y que se mantiene actualmente en el nombre del Arco Cinegio); y al oeste, la de Toledo. Cerca de estas puertas se localizaban los cementerios, siempre extramuros en las ciudades islámicas, a diferencia de lo que era común en las cristianas.

Desde finales del siglo IX, los arrabales de la orilla derecha estaban defendidos por un muro de tierra (*radam*) en el que también se abrían puertas: la Puerta de Sancho (hacia la Almozara) y la del Portillo, cuyos nombres aún se conservan; el Portón de Baltax, que hace referencia al río Huerva y corresponde a la actual Puerta del Carmen; otra junto a la iglesia de las Santas Masas y quizás otra en la zona de las Tenerías. Este extenso muro de tierra no sólo rodearía barrios edificados, sino también campos, huertas y corrales.

De la ciudad dependían, asimismo, una amplia comarca agrícola y varios castillos y puntos defensivos, como los de Zuera y Ricla.

La existencia de cursos fluviales era un factor determinante para el establecimiento de la población andalusí, por lo que las mayores densidades humanas se localizaron en las zonas de regadío. Es conocido el gran desarrollo de las técnicas y de los sistemas de riego implantados por los musulmanes, que han dejado su huella hasta nuestros días. Los geógrafos árabes ponderaron la riqueza agrícola de la huerta zaragozana, especialmente por sus frutales, hortalizas y legumbres, cultivados en los huertos, jardines y almurnias que rodeaban la ciudad.

En la capital se concentraron también las industrias, entre las que destacaron las dedicadas a especialidades tales como las pellizas de cuero llamadas "zaragocíes".

Entre otras artesanías singulares en Zaragoza figuraban la cerámica dorada, las espadas y los tejidos, en concreto las telas de lino. Habría, además, otras industrias que las fuentes no mencionan por no ser objetos lujosos ni de especial interés. Otros centros urbanos de la zona tenían especialidades propias, como las cotas de malla y yelmos de Huesca o la loza dorada de Calatayud.



Jarrita de cerámica vidriada islámica procedente de la medina de Zaragoza, siglos X-XI (Museo de Zaragoza)

Zaragoza ejercía, además, una destacada función comercial como centro de rutas de larga distancia, tanto por tierra como por barca a través del Ebro. En el río, a su paso por la ciudad, existían molinos hidráulicos montados sobre barcazas flotantes.

En un antiguo poema provenzal que narra un desembarco de musulmanes zaragozanos frente a Narbona, en el sur de Francia, se dice lo siguiente:

«Lunes al anochecer. Los sarracenos del país de Zaragoza, esa chusma detestable, son cien mil. Ninguno hay entre ellos que no vista blanca loriga ni lleve sobre su cabeza verdes yelmos de Zaragoza. Los frontales, los adornos de flores y los ornamentos son de oro [...]. Desembarcan en la arena y la grava y ganan la tierra firme. Van a emprender una guerra terrible contra el conde Teobaldo. Oiréis por ello noticias muy tristes.»

(*Cantar de Guillermo*, versión de J. Rubio, Gredos, Madrid, 1997)

MANIFESTACIONES CULTURALES Y ARTÍSTICAS



La Marca Superior, pese a su lejanía del centro del Estado andalusí y del imperio islámico, participó en la nueva cultura desde una fecha muy temprana. Ya en el siglo IX figuran como centros culturales destacados las ciudades de Zaragoza, Huesca, Tarazona y Calatayud. A finales de ese siglo, la participación activa de Zaragoza en la cultura islámica era patente, como demuestran varios tratados en lengua árabe que se redactaron por esas fechas en la ciudad.

El saber se transmitía, y con él los cargos públicos, en el seno de las familias ilustres locales; aunque también influyeron los frecuentes viajes a La Meca para cumplir con el precepto coránico de la peregrinación. Estos viajes, que podían hacerse incluso navegando por el Ebro hasta el Mediterráneo, desempeñaron una importante función cultural al facilitar la transmisión de conocimientos entre gentes de todo el mundo islámico.

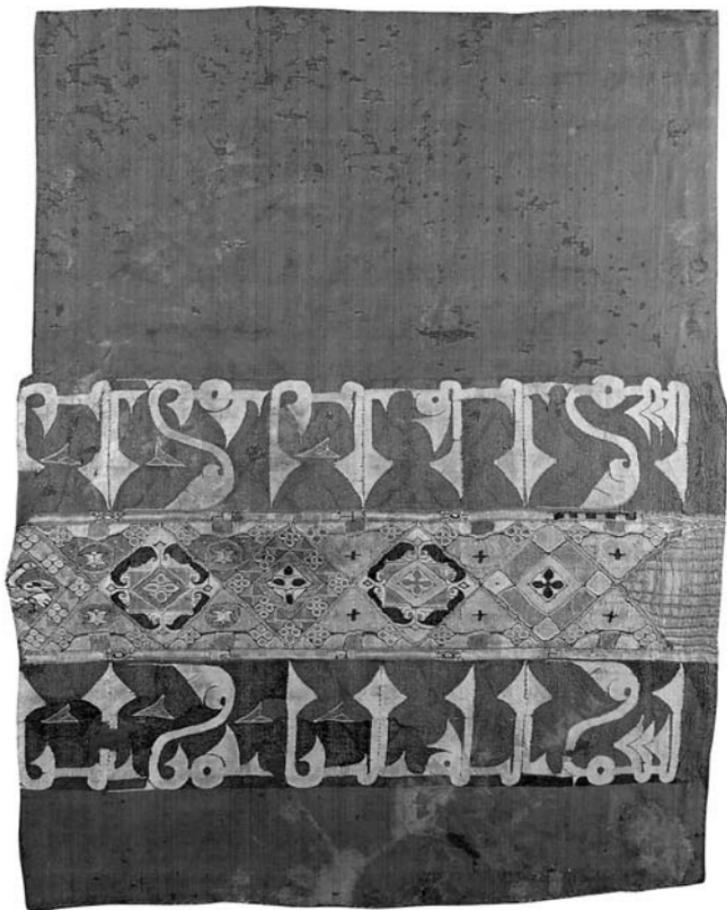
Y, aunque más raros, también se realizaron viajes de estudios a otros centros andalusíes. La cultura islámica zaragozana mantuvo un peculiar localismo que puede explicarse, de un lado, por su escasa relación con Córdoba

(el núcleo político y cultural del resto de Alandalús) y, de otro, por una relación más directa con la cultura árabe oriental.

Zaragoza, como toda la zona oriental de Alandalús, sobresalió en los estudios del Corán y de las lecturas coránicas. También constan varias referencias en las tradiciones proféticas a sabios que estudiaron en esta ciudad. Así, destaca el tratado redactado por el zaragozano Qásim b. Zábít en el siglo X, titulado *Libro de las aclaraciones*, donde se explican los términos más complejos usados en la ciencia de las tradiciones (*hadices*). Se cultivaron también otras ciencias religiosas y jurídicas, las "bellas letras" y, desde finales del siglo X, la filosofía.

Durante la primera etapa islámica la Marca fue fundamentalmente centro de recepción de saber, pero a partir de los reinos de taifas fructificó en la zona una producción cultural propia de primera categoría. Frente a la decadencia política y militar que supuso la desmembración del califato en reinos independientes, en el siglo XI se produjo también, en varios puntos del territorio andalusí, un gran progreso intelectual y un esplendor artístico y literario, ya que cada una de las nuevas cortes quiso convertirse en un centro cultural a imitación de Córdoba, la antigua capital.

Fue propio de los reyes de taifas rodearse de lujo y boato, como signo de realeza que pudiera contrarrestar, en lo posible, la inestabilidad territorial y la debilidad política



*Tejido islámico del siglo XI, hallado en la iglesia de Colls
en Puente de Montañana (Museo de Huesca)*

de su Estado, así como la sombra de ilegalidad que planeaba sobre algunos de ellos. Entre estos signos soberanos destacaron la adopción de sobrenombres honoríficos, la organización de ceremoniales regios, la creación de un ambiente cortesano (formado por visires, sabios, hombres cultos o esclavas cantoras), el uso de ricos atuendos y fastuosos enseres domésticos, y también, desde luego, la suntuosidad de sus palacios. La literatura cortesana de las taifas, por su parte, se encargó de exaltar todo este lujo con fines propagandísticos.

Aunque su objetivo principal fuera el de sobresalir en boato y apariencia real, el mecenazgo de estos reyes produjo, sin duda, estupendos resultados culturales que permiten considerar la época de taifas como una de las más sobresalientes en la historia de la Península Ibérica. Los soberanos de estos reinos ejercieron una política de atracción de aquellos secretarios, sabios y artistas que huyeron de la inestabilidad sociopolítica de Córdoba en busca de tierras más seguras o provechosas y que, hasta donde les fue posible, trataron de imitar a la cancillería y la corte califal.

Del mismo modo, los nuevos reyes ejercieron una labor de mecenazgo poético para dotar a sus cortes de un ambiente culto y a sus acciones públicas de una adecuada propaganda. Así, Múndir I Attuyibí acogió, entre otros, a Ibn Darray, el que fuera poeta oficial y cantor de las campañas de Almanzor. Al acabar la dictadura amirí, Ibn

Darray emigró y pasó por varias ciudades, entre ellas Zaragoza, donde residió durante diez años como secretario y propagandista poético de los tuyibíes. Otro poeta, Saíd de Bagdad, tuvo una trayectoria similar: inició su carrera literaria en el círculo de Almanzor, continuó como panegirista de Almuzáffar y, al inicio de la guerra civil, comenzó a peregrinar de ciudad en ciudad recalando, también, en Zaragoza.

Si los Tuyibíes manifestaron una especial inclinación hacia los poetas, los Hudíes se interesaron más por las ciencias, aunque también acogieron a poetas en su corte.



*Patio del palacio islámico de la Aljafería, conocido como
Patio de Santa Isabel (Foto: M. I. Sepúlveda)*

En la de Almuqtadir vivió durante tres años el poeta Ibn Alhaddad; en la de Almutamín destacaron Yahya Alyazzar, autor de poesía árabe clásica y popular, y un insigne poeta y político andalusí del siglo XI, Ibn Ammar. Otra figura de las letras del momento fue el judío converso al Islam Abulfadl Ibn Hasday, secretario y ministro de Almuqtadir, Almutamín y Almustaín II, a la vez que autor de versos y epístolas en prosa rimada. Almuqtadir tuvo también otro secretario de excepción, Ibn Addabbag, encargado de la correspondencia real, que pronto emigró a otros reinos.

En prosa destacó Abuttáhir Assaraqustí, autor de epístolas retóricas (*maqamas*), un género genuinamente árabe y culto, aunque también escribió una obra de lexicografía. Assaraqustí, zaragozano de nacimiento, recorrió varias ciudades andalusíes durante la primera mitad del siglo XII y murió en Córdoba en 1143.

Durante el siglo XI siguieron cultivándose en Zaragoza las ciencias religiosas y jurídicas, uno de cuyos frutos fue el compendio que Ibn Alashirí hizo de un famoso tratado jurídico de la escuela malikí (una de las cuatro escuelas de leyes ortodoxas y que fue la oficial en Alandalús). Además, varios sabios ulemas emigrados de Córdoba a causa de las guerras civiles se instalaron en Zaragoza, entre ellos el gran jurista Albayí, maestro, a su vez, del famoso Atturtushí, el tradicionalista y alfaquí (jurista) que escribió un tratado sobre las innovaciones jurídico-religiosas y un "espejo de

conductas". Albayí fue también en Zaragoza maestro de Abú Alí Assadafí, otro tradicionalista que permaneció en Oriente nueve años y que, al volver a Alandalús, a finales del siglo XI, se instaló en Murcia, donde predicó la lucha por salvar al Islam andalusí de la amenaza cristiana; participó con las tropas almorávides en la batalla de Cutanda (1120), donde murió.

Una muestra del ambiente intelectual que se vivía en la corte de la taifa zaragozana es la correspondencia mantenida entre un monje de Francia, posiblemente cluniacense, que intentó convertir al cristianismo a Almuqtadir, y la respuesta que en nombre de éste redactó el alfaquí y teólogo Albayí, que constituye uno de los primeros testimonios de literatura polémica entre cristianos y musulmanes. La autenticidad de este acto de proselitismo cristiano ha sido puesta en duda por algunos estudiosos; pero, sean reales o sean fruto de la invención del propio autor musulmán (lo cual no es raro en el género de la literatura polémica), estos escritos reflejan tanto el sentimiento de amenaza política y religiosa que los andalusíes sentían respecto del Cristianismo como sus buenos conocimientos en materia religiosa y teológica y su habilidad dialéctica.

Otras disciplinas cultivadas en la corte zaragozana fueron la astronomía, la geometría, la medicina, la farmacología, la física, la gramática, la lógica y la filosofía. A través de Zaragoza se introdujeron en Alandalús las ideas neopla-

tónicas y sincretistas de la *Enciclopedia de los Hermanos de la Pureza*, obra fundamental del pensamiento filosófico y científico islámico redactada en Oriente en la segunda mitad del siglo X; su influencia aún perdura en el shiísmo y en los movimientos místicos actuales. En Zaragoza residió también el filósofo judío Ibn Gabirol, conocido como Avicbrón, autor de las primeras composiciones filosóficas de Alandalús de las que tenemos noticia. El propio rey Almuqtadir y su hijo Almutamín cultivaron esta ciencia.

Entre todos ellos, sin embargo, destaca especialmente Avempace, nacido en Zaragoza en 1085 y muerto en Fez en 1138. Su figura es la del prototipo del sabio: fue el primer gran filósofo de Alandalús y, a la vez, médico, poeta, músico, botánico, matemático y astrónomo, además de un comentarista fundamental de las ideas de Aristóteles y autor de varias obras originales, entre ellas *El régimen del solitario*, *Carta del adiós* y *La unión del intelecto con el hombre*. El misticismo estuvo representado en la cultura islámica zaragozana del siglo XI por las figuras de Ibn Muhárib e Ibn Alarif.

También las ciencias se cultivaron en Zaragoza desde el siglo IX, llegando a su apogeo en el XI. Los reyes de la dinastía hudí Almuqtadir y Almutamín fueron notables científicos que destacaron en varias disciplinas. Almutamín, por ejemplo, fue un científico original y brillante que demostró teoremas e influyó decisivamente en científicos



Libro del Perfeccionamiento de *Almutamin*, códice de la Kongelige Bibliotek de Copenhague

posteriores; escribió una obra matemática, el llamado *Libro del perfeccionamiento*, que gozó de gran fama en el Oriente musulmán y que es uno de los más importantes libros de geometría de la época medieval. Aparte de la interesante aportación de este soberano, en la Aljafería se desarrolló en la primera mitad del siglo XI una activa escuela de matemáticos en torno a Abú Abdallah Assaraqustí (1058). Hubo muchas otras figuras de zaragozanos que destacaron en muy diversas disciplinas científicas, entre ellas Áhmad ben Muhámmad Annaqqásh, quien

en 1079 construyó en Zaragoza un astrolabio que, afortunadamente, ha sobrevivido a los avatares del tiempo y puede hoy contemplarse en las salas de un museo.

Al igual que sucedió con poetas y literatos, científicos procedentes de muy diversos lugares se establecieron en la capital de la Marca Superior en el siglo XI, entre ellos los cordobeses Siray ben Siray e Ibn Aljattab y el oscense



Astrolabio realizado en Zaragoza por Annaqqâsh (Museo de Nüremberg)

Muhámmad ben Abí Tálíb Alqaysí. Attalamankí fue otro intelectual que abandonó Córdoba (1012) y viajó por varias ciudades, entre ellas Zaragoza, donde fue sometido a un proceso por herejía en 1034.

Un buen número de personajes destacados en el estudio y las ciencias participaron en el gobierno de la ciudad desde sus cargos judiciales, religiosos y administrativos. En su mayoría fueron miembros de familias zaragozanas ilustres, por ejemplo los Banú Zábit y los Banú Furtish. También en Huesca hubo varias familias de hombres cultos, como los Banú Abí Dírham, muchos de cuyos miembros ocuparon el cargo de cadí de la ciudad. Igualmente en Calatayud y

Daroca hubo familias de cadíes, aunque, con frecuencia, acabaron emigrando a otras ciudades mayores.

En la corte zaragozana existió una floreciente comunidad judía de cultura árabe, alguno de cuyos miembros ocupó altos cargos en la administración. Es el caso del sabio Yúsuf ben Hasday, que fue visir, o del filósofo judío Ibn Gabirol, quien, tras vagar por diversas cortes en busca de mecenazgo, se instaló hacia mediados del siglo XI en Zaragoza, donde escribió en árabe el tratado de ética *La corrección de los caracteres*.

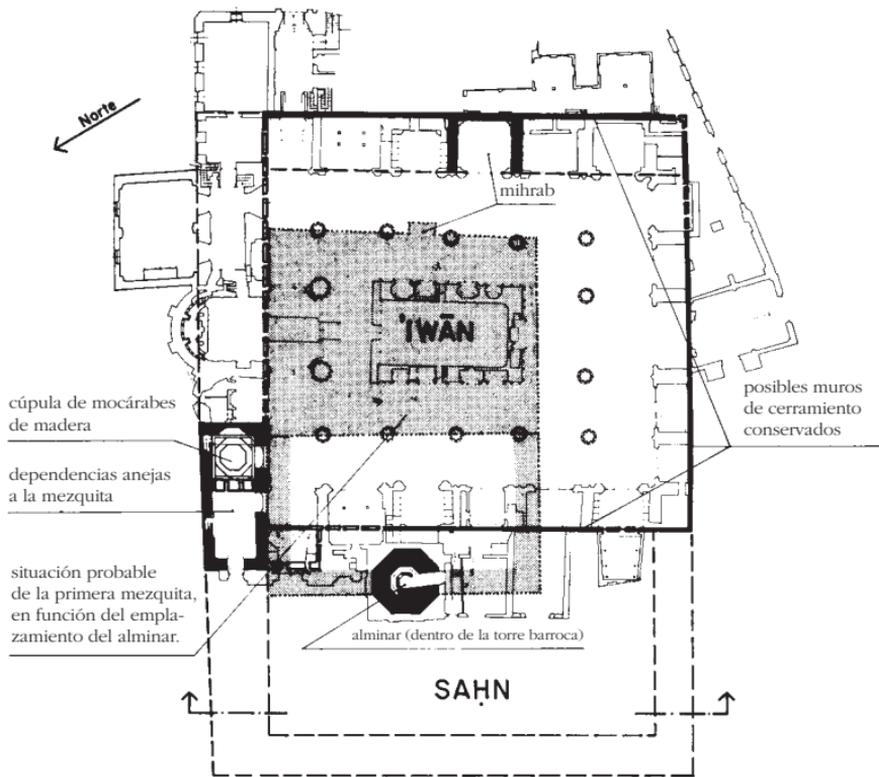
La Marca Superior, por su situación geográfica, fue un puente de transmisión entre las culturas árabe y clásica, asimilada esta última por el Islam y transmitida a través de sus intelectuales a la Europa cristiana occidental; así lo testimonian las abundantes traducciones de textos árabes y hebreos al latín, abundantes en el foco de traductores del Valle del Ebro durante el siglo XII. También se transmitieron conocimientos mediante el contacto directo de las gentes del otro lado de los Pirineos con el Islam; se sabe, por ejemplo, que los francos que conquistaron Barbastro en 1064 se sintieron atraídos por su rica cultura.

El brillante ambiente intelectual de la taifa zaragozana se vio truncado en el siglo XII al producirse la conquista cristiana. Los hombres cultos de Saraqusta emigraron a otras tierras de Alandalús, al Magreb o a Oriente, donde pudieron seguir cultivando su ciencia. Los mudéjares, por su

parte, mantuvieron su tradicional cultura islámica en la medida de sus escasas posibilidades, mediante traducciones del árabe al aljamiado (lengua castellana escrita en grafía árabe). La aparición de esa peculiar escritura se explica por el desconocimiento que de la lengua árabe tenían los mudéjares, por el carácter sagrado que poseen las letras árabes para los musulmanes y, también, por el deseo de sus autoridades religiosas de conservar la identidad cultural del grupo.

En el terreno de las artes, la desaparición del califato y el reparto del poder entre diversos reinos durante el siglo XI significó el declive de la antigua capital califal y, por contra, el florecimiento de las nuevas capitales de taifas, cuyos reyes quisieron dotarse de uno de los principales símbolos de autoridad: el palacio. Las construcciones de esta época poseen, pues, un carácter representativo del poder político. Además, los nuevos reinos independientes tuvieron que organizar la defensa de su territorio en un ambiente de inseguridad provocado por los enfrentamientos mutuos y por el avance cristiano. Para tal fin dotaron a sus ciudades de nuevas murallas (o bien restauraron las antiguas fortificaciones romanas) y a sus plazas estratégicas de imponentes alcazabas y castillos.

En arquitectura religiosa destacó singularmente el edificio de la mezquita aljama de Zaragoza, fundada en el siglo VIII y ampliada dos veces, una a mediados del siglo IX por



alminar como las torres de Tauste, Alagón, etc.

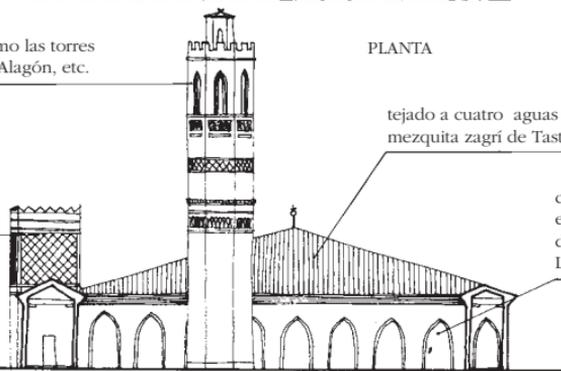
PLANTA

parroquieta

tejado a cuatro aguas como el de la mezquita zagrí de Tástūr (Tunicia)

cerramiento como el de la Iglesia de San Martín de La Aljafería

RECONSTRUCCIÓN
ALZADO DESDE
EL SAHN



Restitución de la mezquita-aljama de Zaragoza, según J. Peña

Musa ben Qasí y otra por Múndir I Attuyibí hacia el año 1020. Todas las ciudades islámicas tenían una mezquita aljama (que tras la conquista cristiana fue habitualmente consagrada como catedral) y otras mezquitas menores. También los núcleos rurales contaban con una mezquita que constituía el punto de referencia de la islamización de la población.

La única muestra de arquitectura civil del siglo XI que queda en pie en todo el territorio que constituyó Alandalús es la Aljafería de Zaragoza; del resto sólo se conocen descripciones de cronistas. En general, los edificios levantados en época de taifas siguieron las directrices marcadas por el arte califal (especialmente en las construcciones de Medina Azahara), pero también desarrollaron rasgos locales definidores de un estilo propio. El estilo de la Aljafería, singularmente, sirvió de modelo para otras obras cercanas, por ejemplo para un edificio en Maleján. El constructor de la Aljafería, Almuqtadir, segundo rey de la dinastía Hudí, de



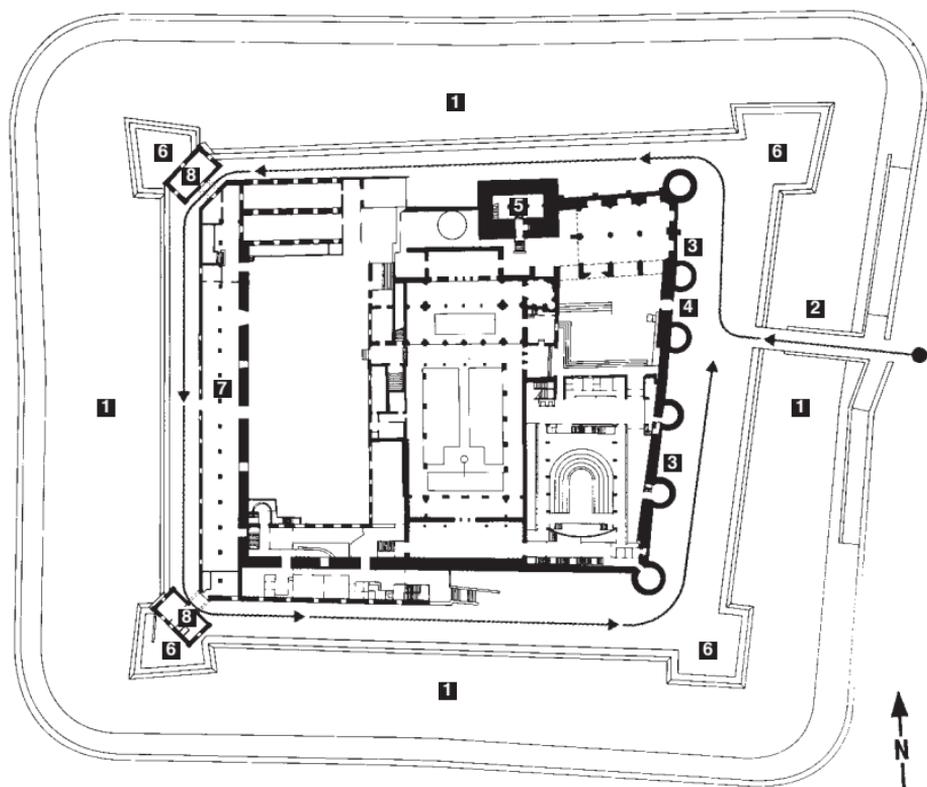
Cimacio con inscripción en yeso del nombre de Almuqtadir, en la Aljafería (s. XI)

cuyo nombre (Abú Yáfar) deriva el del palacio, cantó su complacencia con estos versos:

¡Oh alcázar de la alegría! ¡Oh salón de oro!
Con vosotros colmé mis anhelos.
Si en mi reino sólo a vosotros tuviera,
ninguna otra cosa echaría de menos.

La Aljafería fue una espléndida residencia para el soberano y su corte, protegida por una muralla y fuera del recinto urbano. Esta almunia palatina emplazada en llano, en la huerta cercana al Ebro, sigue la tipología de los palacios omeyas del desierto de Siria del siglo VIII. En el lugar donde se construyó había una torre atalaya del siglo IX, la llamada Torre del Trovador, que se integró en el nuevo palacio fortificado. El muro que recorre todo el perímetro del edificio está reforzado por torreones ultrasemicirculares, que podrían responder al modelo de los palacios omeyas sirios o bien al de la propia muralla romana de Zaragoza. El espacio interior estaría dividido en tres partes, de las que sólo se conserva la central, el actual patio de Santa Isabel. Este patio, de planta rectangular, está formado por un jardín central de disposición alargada, flanqueado en los lados cortos por sendos pórticos que anteceden a pequeñas salas.

Las estancias más ricas, dedicadas a los actos protocolarios de la Corte, serían las del lado norte, junto a las que se construyó el oratorio privado del palacio, de planta octogonal, en la tradición artística cordobesa. Las del sur, en



- | | |
|-----------------------|--|
| 1. Foso | 6. Baluartes pentagonales |
| 2. Puente | 7. Conjunto de cuarteles
de Carlos III (s. XVIII) |
| 3. Muralla musulmana | 8. Torreones de Isabel II |
| 4. Portada de ingreso | |
| 5. Torre del Trovador | |

Planta general del palacio de la Aljafería (según L. Franco y M. Pemán)

cambio, serían salas residenciales. Una amplia alberca en cada pórtico y espectaculares arquerías entrecruzadas de arcos polilobulados, a modo de pantallas profusa y bellamente decoradas, crearían un escenario muy adecuado para el ceremonial palatino. La decoración de esas arquerías, rica y sofisticada, incluye formas florales, geométricas y mixtas muy elaboradas y complejas que pervivirían posteriormente en el arte mudéjar aragonés.



Oratorio del palacio de la Aljafería; en el centro, el nicho del "mibrab", orientado al suroeste

BIBLIOGRAFÍA



- CAÑADA JUSTE, A.: «Los Banu Qasi (714–924)», en *Príncipe de Viana*, 158–159, pp. 5–95, Pamplona, 1980.
- DURÁN GUDIOL, A.: *De la Marca Superior de al-Andalus al Reino de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza*, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, Huesca, 1975.
- EXPÓSITO SEBASTIÁN, M., PANO GRACIA, J. L. y SEPÚLVEDA SAURAS, M. I.: *La Aljafería de Zaragoza. Guía histórico-artística y literaria*, Cortes de Aragón y Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1986 (edición revisada y ampliada, 1998).
- HUICI MIRANDA, A.: «Los Banu Hud de Zaragoza, Alfonso I el Batallador y los Almorávides. (Nuevas aportaciones)», en *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, VII, pp. 7–38, Zaragoza, 1962.
- LACARRA, J. M.: «La conquista de Zaragoza por Alfonso I», en *Al-Andalus*, XII, pp. 65–96, Madrid–Granada, 1947.
- LA GRANJA, F. de: «La Marca Superior en la obra de al-Udri», en *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, VIII, pp. 447–545, Zaragoza, 1967.
- LEVI-PROVENÇAL, E.: *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711–1031)*, trad. E. García Gómez, tomo IV de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, Espasa–Calpe, Madrid, 1957 (2ª ed.).

- TURK, A.: *El Reino de Zaragoza en el siglo XI de Cristo (V de la Hégira)*, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, Madrid, 1978.
- UBIETO ARTETA, A.: *Historia de Aragón: La formación territorial*, Anubar, Zaragoza, 1981.
- VIGUERA MOLÍNS, M. J.: *Aragón musulmán*, Librería General, Zaragoza, 1981 (1ª ed.); Mira, Zaragoza, 1988 (2ª ed.).
- El Islam en Aragón*, CAI, Zaragoza, 1995.
- VIGUERA MOLÍNS, M. J. y otros: *Los Reinos de Taifas. Al-Andalus en el siglo XI*, tomo VIII (I) de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, Espasa-Calpe, Madrid, 1994.
- WASSERSTEIN, D.: *The Rise and Fall of the Party-Kings: Politics and Society in Islamic Spain 1002–1086*, Princeton University Press, Princeton, 1985.



1. **Aragón y Europa** • Servicio EuroCAI
2. **La Santa Capilla del Pilar** • A. Ansón y B. Boloqui
3. **Los Tapices de La Seo de Zaragoza** • Equipo de Redacción Cai100
4. **Los botánicos aragoneses** • Vicente Martínez Tejero
5. **El traje tradicional en Aragón** • Jesús A. Espallargas
6. **La economía agroalimentaria en Aragón** • Luis Miguel Albisu
7. **Baltasar Gracián. La iluminada brevedad** • Ignacio Izuzquiza
8. **La matacía** • José Ramón Marcuello
9. **La Navidad en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
10. **Los monasterios de Aragón** • Agustín Ubieto
11. **El Cid en Aragón** • Alberto Montaner
12. **Diseño industrial. Una perspectiva aragonesa** • Juan M. Ubierno
13. **El clima de Aragón** • José María Cuadrat
14. **El nacimiento de Aragón** • Juan F. Utrilla
15. **Marcial** • Concha García Castán
16. **La industria en Aragón** • Adolfo Ruiz Arbe
17. **Los fotógrafos aragoneses** • Carmelo Tartón
18. **La cerámica aragonesa** • M^a Isabel Álvaro Zamora
19. **El escudo de Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
20. **La medicina del siglo XVII en Aragón** • Asunción Fernández Doctor
21. **Gaspar Sanz, el músico de Calanda** • Álvaro Zaldívar
22. **El retablo de la catedral de Huesca** • Equipo de Redacción Cai100
23. **El Ebro** • Amaranta Marcuello - José Ramón Marcuello
24. **Magdalena, Navarro, Mercadal** • Ascensión Hernández
25. **Los fósiles en Aragón** • Eladio Liñán
26. **El Real Zaragoza** • José Miguel Tafalla
27. **El reino de Saraqusta** • M^a José Cervera



28. **Gargallo, Conday, Serrano** • Ángel Azpeitia
29. **Los vinos aragoneses** • Juan Cacho Palomar
30. **Ramón J. Sender** • José-Carlos Mainer
31. **Toreros aragoneses** • Ricardo Vázquez-Prada
32. **El folclore musical aragonés** • Ángel Vergara
33. **El Canal Imperial de Aragón** • A. de las Casas - A. Vázquez
34. **Los castillos aragoneses** • Cristóbal Guitart
35. **La población aragonesa** • Severino Escolano
36. **La techumbre de la Catedral de Teruel** • Gonzalo M. Borrás
37. **Los balnearios aragoneses** • Fernando Solsona
38. **Emprender en Aragón** • Benito López
39. **Francisco Pradilla** • Equipo de Redacción CAI100
40. **Obras hidráulicas en Aragón** • Carlos Blázquez y Tomás Sancho
41. **Las Órdenes Militares en Aragón** • Ana Mateo
42. **La moneda aragonesa** • Antonio Beltrán
43. **Los montes, patrimonio natural** • Ignacio Pérez-Soba
44. **Joaquín Costa y Lucas Mallada** • Eloy Fernández Clemente
45. **Los palacios aragoneses** • Carmen Gómez Urdáñez